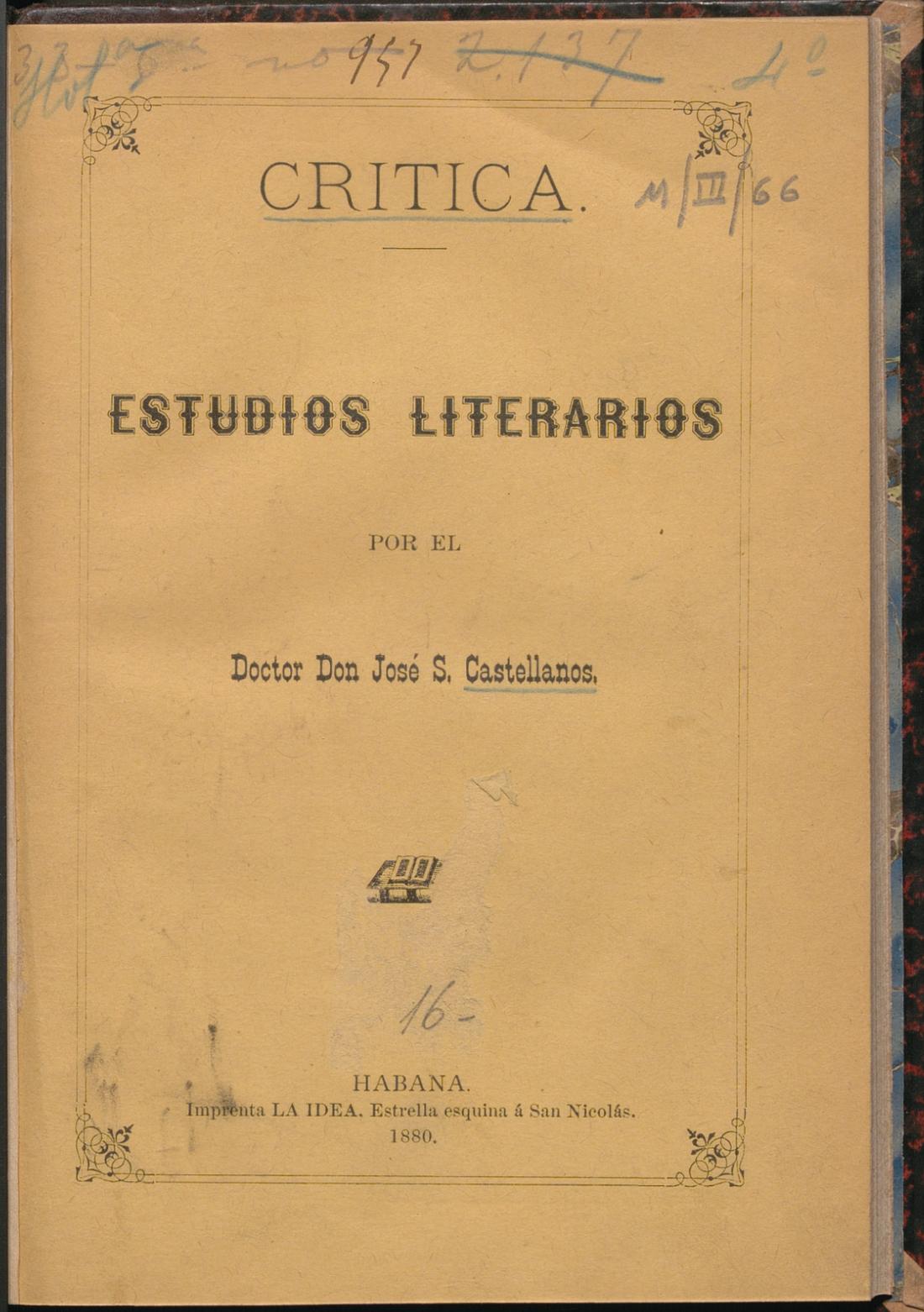


colorchecker CLASSIC



x-rite



3/10/05 no 957 2.137 40

CRITICA. M/IV/66

ESTUDIOS LITERARIOS

POR EL

Doctor Don José S. Castellanos.



16-

HABANA.
Imprenta LA IDEA, Estrella esquina á San Nicolás.
1880.

CASTELLAS

CRITIC

82-95

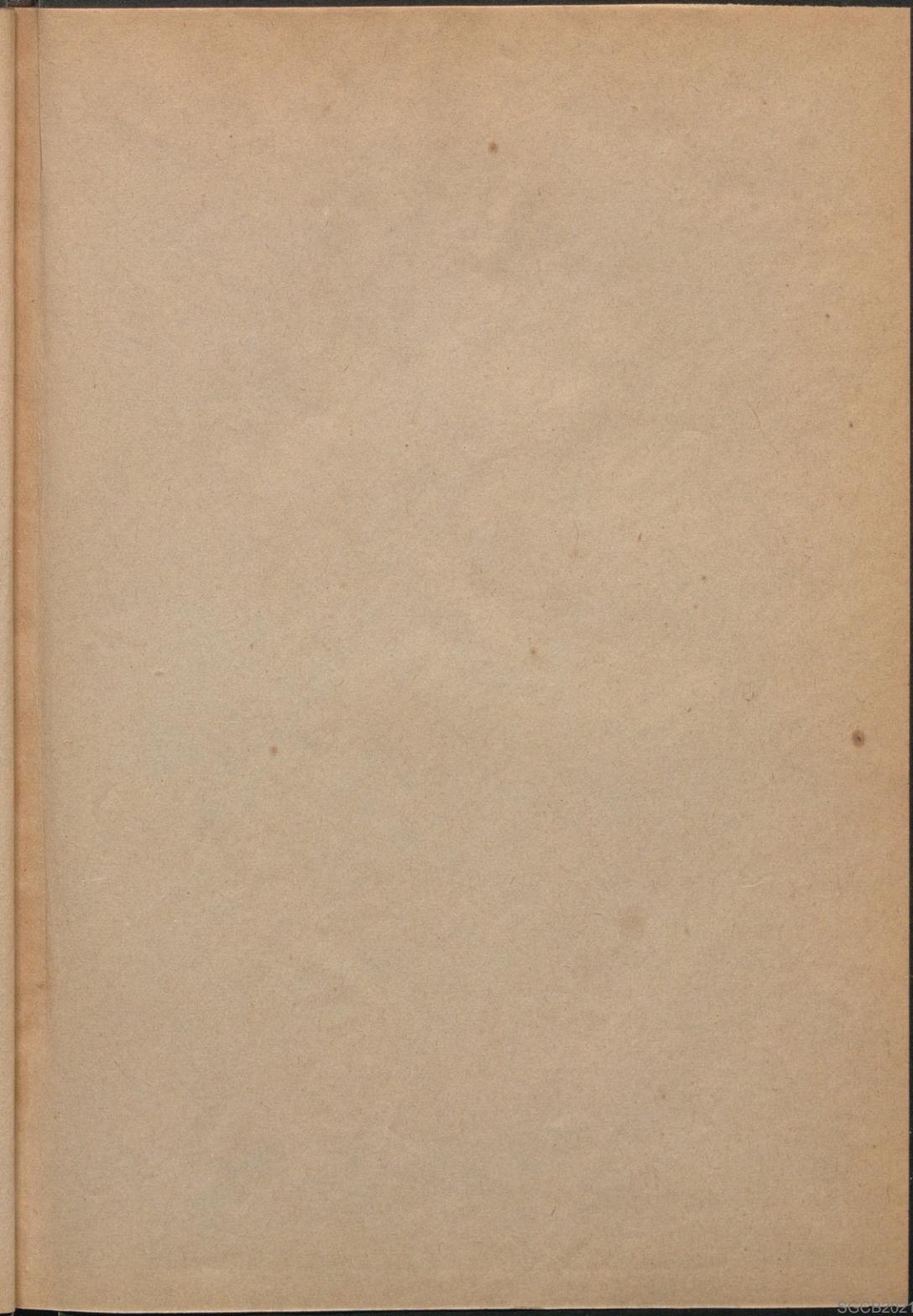
729.1)

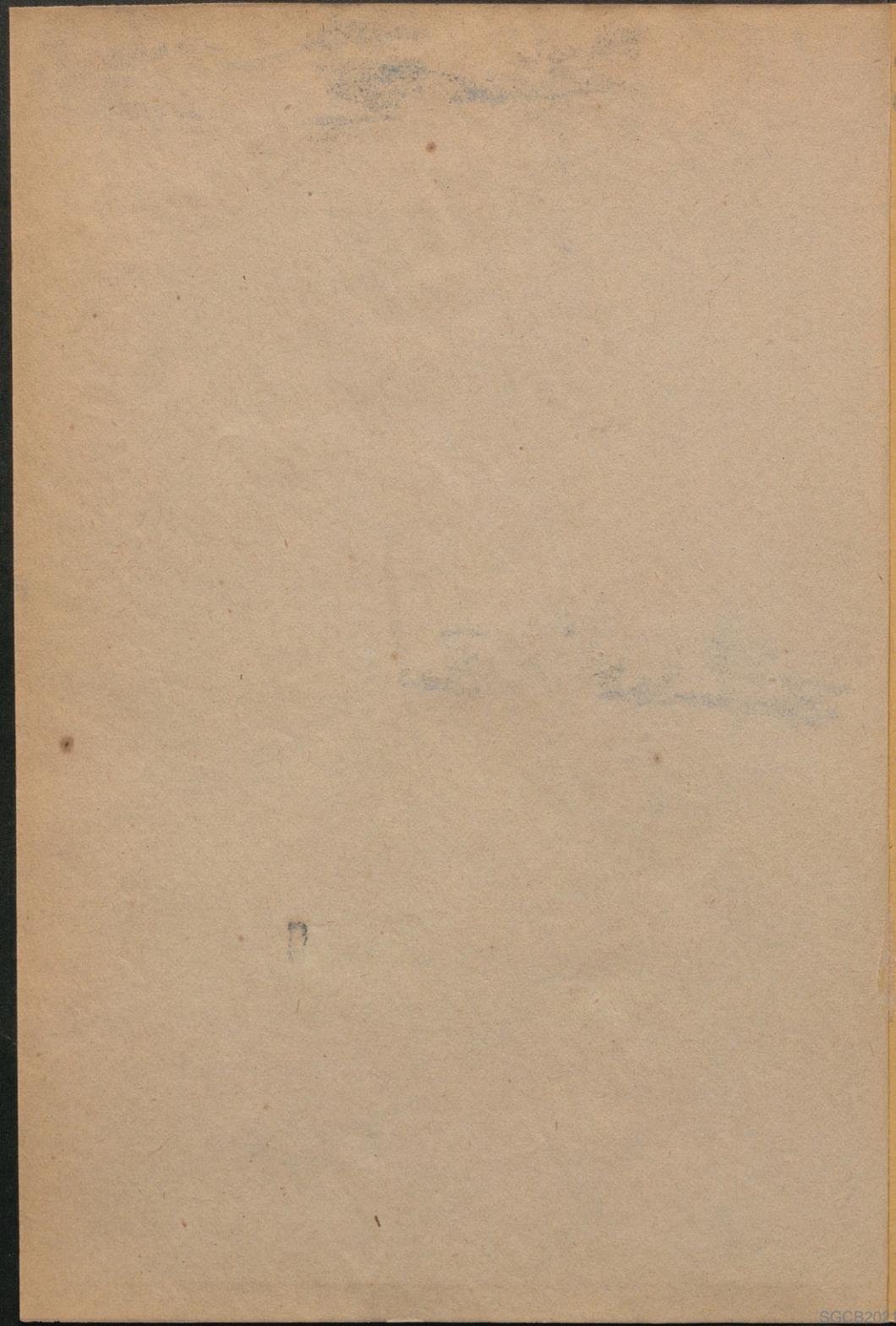
CAS

20

B-U₃

224





3/11/105 no 957 2.137 40
CRITICA. M/IV/66

ESTUDIOS LITERARIOS

POR EL

Doctor Don José S. Castellanos.



16-

HABANA.

Imprenta LA IDEA, Estrella esquina á San Nicolás.

1880.

THE UNIVERSITY OF CHICAGO
LIBRARY

8(729.1)
CAS

CRITICA.

ESTUDIOS LITERARIOS

POR EL

Doctor Don José S. Castellanos.

“Soyez vous à vous même
un sevére critique.”

(BOILEAU.)

HABANA.

Imprenta LA IDEA, Estrella esquina á San Nicolás.

1880.

Reg 6170



Al Ilmo. Sr.

DR. D. ANTONIO AMBROSIO ECAY.

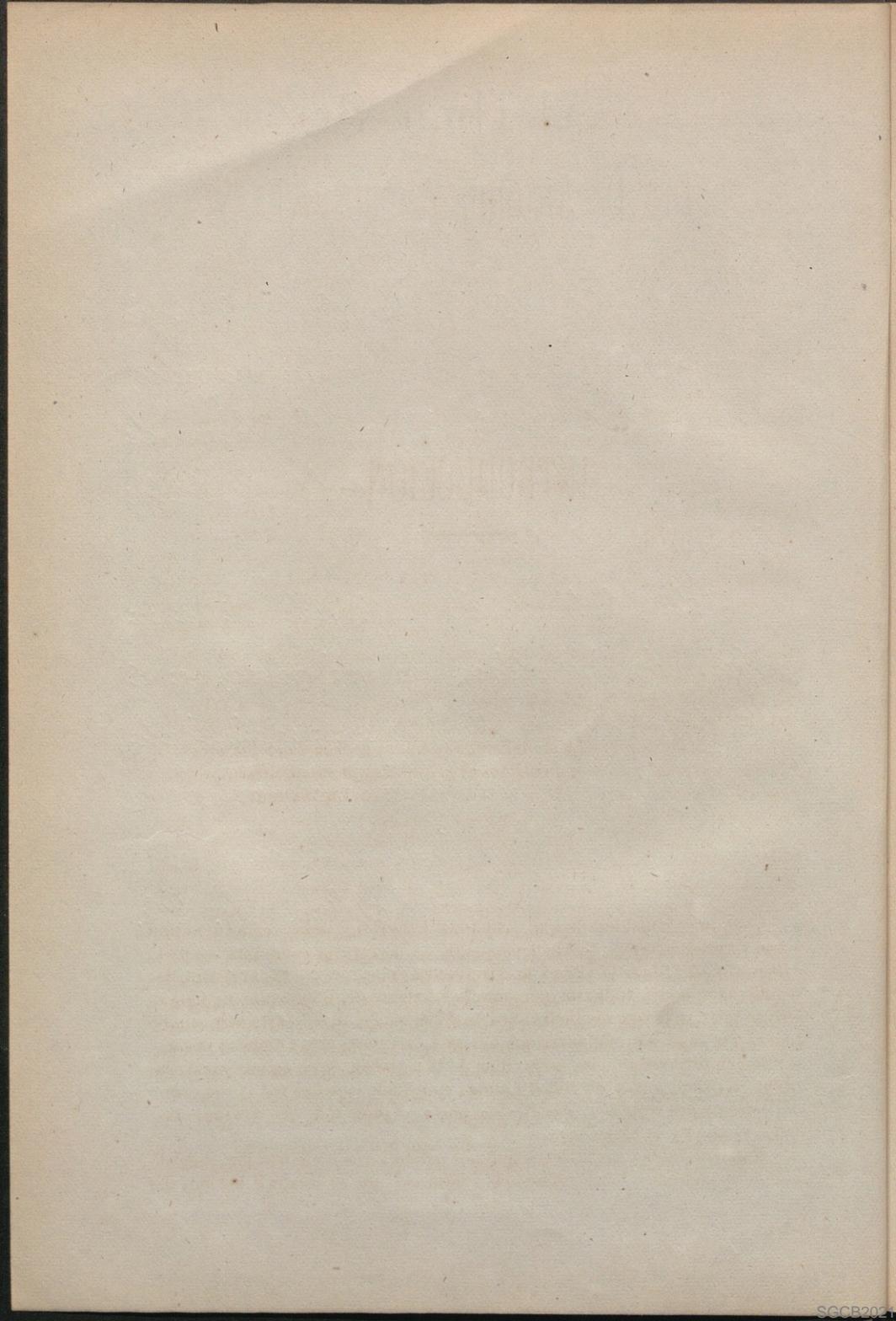
Dedico á V. este modesto trabajo para que en él aparezca su nombre, que es el de un jurisconsulto lleno de virtudes, y el del incansable protector de la juventud estudiosa.

Esta dedicación responde á una exigencia imperiosa de mi alma, y á un deber de gratitud y reconocimiento hácia V. que me envanece mostrar á mis amigos y á mis discípulos.

Recíbala, pues, el Ilmo. Sr. Dr. de su admirador y cariñosa amigo.

El Autor.

Habana, Octubre de 1880.



INTRODUCCION.

*La saine critique est dans la republique litteraire
ce que la bonne police dans la societ  civile.*

(LA HARPE).

Cuando se considera lo que llamamos Progreso, para verle en lo presente y vaticinarle y creerle firmemente en lo futuro, como una ley de la historia, y dirigimos la vista á los tiempos pasados, es fuerza persuadirnos de que nada podrá atajar un momento la corriente de la humanidad; ningun suceso por grave que sea podrá sacarle de su cauce, ni marcarle otro rumbo que el que fatal   providencialmente sigue. La humanidad empezó por inspirarse en presencia de las maravillas de la creacion, y en aquel éxtasis sublime su primera palabra fué el himno; su primer incienso fué la expresion del sentimiento religioso, y la lira del poeta no tenia más que tres cuerdas: Dios, el alma y la creacion.

Esa humanidad cant  desde que por primera vez recibí la luz, y desde entónces camina   un término más venturoso que se escapa   los ojos del

alma, haciéndonos creer como que se pierde en lo infinito, porque mal podemos determinar hasta qué punto somos perfectibles. El hombre para progresar, para descubrir los arcanos de la Naturaleza, para estudiar el sér y el no ser, para desarrollar incesantemente su espíritu en las esferas de lo bueno, lo bello y lo verdadero, ha necesitado no sólo de la imaginacion y de la inteligencia, sino que ha dispuesto de otros elementos valiosísimos que lo han elevado á superior esfera y lo han conducido hasta la altura de su Dios. Estas son: la fé y la razon. La fé nos hace ver el ideal de la perfeccion, nos hace buscarle y crearle en nosotros mismos, elevando nuestro ser hasta el modelo soberano que en nuestro interior concebimos. Este que pudiéramos llamar milagro, no puede hacerlo más que la fé, que es la que presta energia y dá álas al alma, la que le dá toda su actividad y toda su potencia, y el faro luminoso que conduce una civilizacion naciente y produce la felicidad de los pueblos. Pero, esta fé no puede mantenerse sola; no queremos ocuparnos de ella como virtud teologal, sino como la calidad enérgica, natural y propia de nuestro espíritu; y en tal sentido, sola, sería una locura, siendo por consiguiente preciso que se auxilie de la razon, que forme con la misma un feliz consorcio, y que le preste el justo y legítimo imperio que debe tener sobre ella para enderezarla á un buen fin. La razon debe, pues, prestarle su apoyo, pero la razon como la moderadora de la fé, la dominadora del mundo, el reinadò de la libertad individual y la soberanía de la inteligencia.

Es verdad que esa misma fé marchando aisladamente, ha sido gérmen de inhumanas atrocidades y de horribles crímenes: que la inteligencia humana ha levantado la hoguera y la ha mantenido encendida con el torpe pretexto de emancipar á la humanidad de sus dolores, que hombres de imaginacion-asombrosa, de agudísimo ingenio, de vehemente ambicion de gloria, se han dejado arrebatar de una idea y han escrito obras tan sublimes en su forma, como absurdas y funestas en su fondo; que se han vomitado blasfemias contra la humanidad y hasta contra los dones naturales que Dios le ha conferido; que sabios pensadores se han atrevido á sostener que la peste, la guerra, el hambre y los vicios, son convenientes y hasta necesarios como válvulas de seguridad de lo que ellos llaman "la máquina diabólica de la sociedad humana;" pero lo es asimismo que el tiempo y los acontecimientos han regenerado al hombre y le han hecho comprender la elevada mision de su destino, que las necesidades de su organizacion creó la fraternidad universal, que una religion sublime unió todos los pueblos de la tierra bajo la encantadora bandera de la igualdad, que la sangre humana regó el árbol frondoso de la libertad, en cuyos ejércitos la filosofia, como mensajera de la felicidad humana, nos ha hecho soldados para ser, como dice Castelar, los soldados de Dios.

Si en el mundo existió la contradiccion, si con tan poderosos elementos el hombre derramó la sangre de su hermano, si el dolor se entronizó y la humanidad no se significaba más que por el llanto, sufriendo duras cadenas y oprobiosa opresion, esas contradicciones están llamadas á extinguirse

y peulatinamente todos los pueblos de la tierra irán uniéndose, inspirándose para su fraternidad en el punto de partida y en la unidad de su creación. El antagonismo del mundo antiguo, se resolvió por una síntesis suprema que se llamaba Roma; el antagonismo entre la raza latina y la germánica, se está resolviendo por la union de las ideas de libertad y de igualdad, y el antagonismo que existe entre uno y otro Continente ha venido á resolverlo de un todo la idea del derecho, que se extiende á todas las manifestaciones de la vida.

No olvidemos ni por un momento la historia, que ella ha de presentarnos la humanidad bajo el punto de vista más interesante, y en ese cuadro maravilloso del presente y el pasado vaticinando el porvenir, verémos los progresos incesantes de la razon y de la fé. Esas mismas son las que han escrito el poema de Homero, el poema del Dante, la inmortal epopeya del héroe de la Mancha, han ideado el Apolo de Belvedere y los cuadros de Rafael, han levantado el Parthenon, la cúpula de San Pedro, la Giralda de Sevilla, la columna de Vendome; esas mismas han domeñado los mares, aprisionado los vientos y acercado los astros, han escrito maravillosos códigos han acabado la servidumbre y han convertido la tierra en el encanto y la morada feliz de los hombres.

Dios puso en medio de nosotros la verdad como ha puesto el pan, y á nosotros nos toca ganar la verdad como ganamos el pan. La verdad no pertenece á cada individuo, ni pertenecerá á las naciones hasta tanto que no hayan sabido hacerse dignas de ella por el trabajo, la abnegacion, la perseverancia y la lucha. La verdad existe, el hombre no puede vivir sin ella, y para descubrirla, para extraerla de las tinieblas y del caos en que se encuentra ha necesitado de esos poderosos elementos, la razon y la fé, que EL que todo lo puede ha puesto á su disposicion.

Al comenzar la vida intelectual en el mundo hubo unã crisis, una lucha entre las tinieblas y la luz: en esa lucha la locura y el absurdo y el escándalo fueron vencidos gloriosamente por hombres grandes, por Sócrates, Aristóteles y Platon. La razon humana conquistó aquel dia un gran título de gloria: halló que era más fuerte que la locura. El mundo de hoy pasa por una prueba análoga, pero una prueba incomparablemente más profunda, y más fuerte, porque nos encontramos mejor armados. La duda, la negacion, la locura y el orgullo se sublevan con una especie de rabia amenudo risible, pero siempre peligrosa contra la luz, la ciencia y la razon. Confiamos en que la razon moderna hará hoy entre nosotros lo que hizo, dos mil años há, la razon de los antiguos; sabrá separar de nuevo las tinieblas de la luz y alcanzar el esplendente triunfo de la sabiduría y de la verdad; pero necesita un método, necesita una lógica superior, para que pueda satisfacer las exigencias del pensamiento moderno. La razon discierne y se decide á juzgar, y de ese modo crea la crítica, crea una nueva filosofia que ha venido á poner término á la antítesis antigua con una síntesis necesaria, en nombre de una lógica superior á la del entendimiento; de todo lo que nace esa rama nueva de la educacion, esa ciencia del sentimiento y de la verdad. Por ma-

nera, que desde el advenimiento de la Crítica hay una lógica del entendimiento, y otra lógica de la razón. La lógica del entendimiento es la de los antiguos, es Aristóteles y Platon, Descartes y Leibnitz; pero la lógica de la razón es la de la crítica, es La Harpe, Herder, Hume, Amador de los Rios, Juan Valera y Víctor Hugo.—Esta última lógica, es el principio dominante de la verdadera historia, como de toda verdadera ciencia, y es la que ha abierto entre el pasado y el porvenir un abismo imposible de salvar, y puede decirse que sin esa lógica de la razón, ó sea sin la Crítica, no pueden existir ni la historia ni la ciencia. Bossuet profundizando la historia de la humanidad no la conocia, ni tampoco Montesquieu, apesar de haber estudiado el espíritu de las leyes.—Por eso Mr. Littré decia “una nueva institucion de las inteligencias.”



CAPITULO I.

Crítica.—Desarrollo artístico del genio y del gusto.—Monumentos que nos ofrece el estudio de la literatura antigua y moderna.

No es posible ocuparnos de la Crítica y mucho menos de su elevado ministerio, sin ocuparnos de la historia de la humanidad y de sus preciosas páginas, porque si la Crítica es la magistratura suprema de la república literaria, si es y la constituye ese estado de contemplación en que se encuentra el espíritu al sentir la belleza, y si contribuye á la educación y cultura del género humano, es preciso remontarnos á los primeros tiempos, leer las manifestaciones sucesivas del espíritu, estudiar los focos de inspiración y advertir las relaciones hermosísimas que median entre la belleza creada y la belleza sentida, entre la creación y la admiración.—Y como sólo de esta manera podremos á la Crítica sorprender su cuna, y estudiar su origen, fuerza será remontarnos á las fuentes de observación y de experiencia que le sirven de fundamento, y persuadirnos de que la fé es la que la anima y le dá energía, y la razón la que la modera y dirige.

En la vida literaria, en esa manifestación artística del espíritu humano, en esas obras que han decorado el universo de grandiosos y bellos monumentos, hay dos facultades que han sido por decirlo así los obreros, dos elementos que han realizado las más sublimes concepciones de la criatura humana. El genio

y el gusto. El génio crea la belleza, le dá forma sensible, vé y presiente más allá que lo que está al alcance de los demás, dá preciosa vida á lo que aún se mantenía en el caos y tiende á excitar poderosamente las demás facultades para conseguir nuevas y más altas creaciones. El gusto admira al génio, lo conduce á fines didácticos, saca de él un poderoso partido para satisfacer nuestras exigencias anímicas, le dá ocasion á que brote, á que se produzca, se nutra, se mantenga en flor y despues nos ofrezca preciosos y sazonados frutos. El génio y el gusto tienen su historia, su desarrollo artístico, su desenvolvimiento en el tiempo y en el espacio, y ámbos crean el arte ó sea esa manifestacion sensible de la idea, que corona la belleza con la doble aureola de la expresion y de la inmortalidad; crean, repito, el arte, cuyo poder describe tan brillantemente Nuñez de Arenas en estas palabras: "Una sonrisa desaparece; un rayo de luz se eclipsa; una rosa se "marchita; un sonido vuela; la vida entera y sus accidentes pasan; pero el arte detiene la sonrisa, la luz, el sonido, la vida, y "dándoles subsistencia, transforma y encarna en una expresion "ideal y duradera, sus malos aspectos, sus horas menguadas, sus "alteraciones sucesivas, su menoscabo y su disolucion material."

El génio hace que Valmiki cante las victorias de Rama sobre el gigante Ravana: que Vyasa en su *Mahaebharata*, con una verdad de sentimientos y de emociones encantadoras, nos demuestre las creencias religiosas del pueblo indio. El génio hace que *el príncipe de los poetas griegos* celebre con un monumento imperecedero el inmortal acontecimiento de la guerra de Troya, y nos persuada de que el politeísmo todo lo divinizó; y simbolizando la idea del Ser Eterno en todas las criaturas, pobló de dioses los aires, los montes, los ríos, los mares, y, en una palabra, toda la creacion. El génio hace que *el príncipe de los poetas latinos* nos cante sublimemente la fundacion de Roma por Eneas y nos muestre su amor á la patria, dándonos ocasion para admirar aquella riqueza prodigiosa de sentimientos que anuncia su privilegiada y culta naturaleza, y asimismo las inagotables bellezas del verso exámetro, brillando siempre el poeta en

una concepcion tan pura como elegante. El génio hace que Lucano nos retrate con mano maestra los héroes que mancharon de sangre los campos de Farsalia; que Klopstock nos presente el maravilloso cuadro de la conjuracion del Infierno contra el Mesías; que Ariosto en su *Orlando furioso* nos haya relatado un tesoro tan inmenso de poesía; que Tasso nos celebre la ciudad santa rescatada del poder de los infieles, y que Milton nos haga la historia de la primera pareja humana, exornando tan sencilla descripcion con todas las galas de la más sublime poesía. Pero la Crítica hizo que el poeta florentino en su *Divina Comedia* nos hiciera la historia de las ideas, de las creencias y de los conocimientos de los hombres, y juzgase magistralmente los sucesos de toda una época; que Horacio en su *Epístola á los Pisones* nos presente tan brillante reseña sobre la historia de la literatura romana, sobre el nacimiento, desarrollo y carácter de los diferentes génesos que la componen, sobre los primeros ensayos del teatro latino, sobre las disposiciones de la escena y espíritu del auditorio; y en fin, que como dice La Harpe, sea “el código eterno del buen gusto.” La Crítica hizo que el inmortal Calderon en *La vida es sueño*, nos presentara en filosófica síntesis la concepcion religiosa más acabada de la vida humana, probándonos que las pompas y vanidades del mundo son efímeras, y que mueren al nacer. La Crítica creó ese grandioso monumento que personificó los sentimientos, las creencias y la hidalguía española en el siglo XII, y que llamamos *Poema del Cid*; y por último, ha dado vida al *Quijote*, la novela más rica de invencion y de ingenio, la más práctica enseñanza de las debilidades humanas, la más delicada sátira á una idea que esterilizó el génio de la Edad Media, y la obra más gigantesca y más universal que han producido los hombres y los siglos.

Formar un juicio exacto de una produccion científica ó literaria, conocer sus méritos, saberlos distinguir, determinar sus lunares y defectos, advertir la fuente de donde éstos provienen, hacer un estudio analítico y sintético, comprender el mérito absoluto y relativo, tener en cuenta la época en que se piensa, se

siente y se escribe, y no olvidar el medio social en que el espíritu se desarrolla; he aquí la elevada misión de la Crítica, que al ser bien comprendida ejerce en la producción literaria ya que no un brillante magisterio, el más sublime apostolado. Inseparable compañera del genio, educa cuando aquel crea, propaga la luz cuando aquel la derrama á raudales, y con tan poderoso elemento, profundiza en las entrañas de la tierra, se eleva á mundos sobrenaturales para allí estudiar lo infinito, crea la ciencia, engendra el arte, adivina con el presente y el pasado el porvenir, y concibe y dá existencia á lo grande, á lo maravilloso, á lo magnífico y á lo sublime.

CAPITULO II.

Concepto de la crítica.—Su fundamento principal es el gusto.—Relaciones entre el genio y el gusto para producir fines didácticos.—Clasificación de Mr. Villemain y de los preceptistas.

La Crítica es el arte de observar y calificar las bellezas y los defectos de las composiciones literarias: es el ejercicio activo del sentido estético, y en una palabra, es el ejercicio metódico y razonado del gusto literario. Considerada en su verdadera importancia y en la elevada misión que desempeña, es, como dice Monlau, "la magistratura suprema de la república literaria," pues ejerce una provechosa influencia en su desarrollo, en su progreso

y en su perfeccionamiento. Como quiera que se la considere, es un arte fundado en los principios de la ciencia, pues juzga en vista de los principios, comparándolos con los hechos y declarando la conformidad ó inconformidad entre éstos y aquellos.— La base de toda crítica es, por consiguiente, el conocimiento profundo de la materia á que se refiere la cosa juzgada, necesitando además esa facultad de sentir y de apreciar la belleza á que se dá el nombre de gusto.

El gusto, verdadero fundamento de la Crítica, concierne á los sabores espirituales, si así pudiera decirse, y es el que aprecia las distintas manifestaciones de la belleza; es esa utilísima mirada intelectual que la alcanza, penetrando al través de todas las nubes y variedades que la envuelven; es en suma, á la hermosura lo que la razon á las verdades especulativas, lo que la conciencia á las verdades morales.

El gusto, para apreciar la belleza, necesita la concepcion de la idea, la percepcion de la forma y el sentimiento de la vida.— Faltándole una de estas condiciones, careceríamos de la regla, y del criterio cierto y seguro para formar el juicio exacto y acabado. El gusto ha de ser uno y vario como la belleza que contempla y el arte que la reproduce. Es uno, porque hace un oficio como el verbo en la oracion que une y afirma, porque tiene un elemento racional que no le permite trocar las inflexibles leyes de la lógica, porque, como la verdad, varía en sus formas pero nada la alterará en su esencia. No hay un hombre de hoy y un hombre de ayer; el hombre de lo presente comprende al de lo pasado, que vé y oye ahora como veía y como oía en otro tiempo; de manera que el campo de sus sentidos y de su razon varía, pero no las leyes de su organismo ni de su inteligencia.— La voz de la antigüedad resuena por medio de sus monumentos artísticos en los oidos de la sociedad moderna: tenemos risas para sus chistes, compasion para sus dolores, temor para sus catástrofes, y admiracion siempre para sus grandezas. La generacion futura podra igualmente emocionarse con la presente. Una es la ley, una la idea, uno el punto de partida y una la relacion

de los hechos con los principios fundamentales. El gusto es vario, pero esto depende de causas subjetivas y objetivas. La organización de unos es más privilegiada que la de otros; unos razones permanecen frios á presencia de la virtud, de la desgracia y de la belleza, y otros se admiran, conmueven y entusiasman. De aquí la diversidad de conceptos; de aquí la variación del juicio. Esta naturaleza de variedad se funda tambien en los objetos. En las artes no hay un concepto puro, como en la fórmula algebraica, como en la sensación de una quemadura, en las que no hay mezcla de ideas, sino que todo está subordinado al signo. El fuego de los desiertos, el reposo de las palmas, la tristeza del cielo, son causa que quitan vida á los objetos y eclipsan la belleza. Por eso el árabe que vaga por desiertas arenas, bajo un sol abrasador; el indio que yace muellemente á la sombra de sus palmeras, y el islandés que se cobija en su pobre hogar contra una atmósfera encapotada y tempestuosa, no pueden conocer la belleza de los objetos de la misma manera. Nada es más bello ni nada más produce nuestra completa admiración que una nevada, y cuando dirijimos la vista al horizonte y vemos la naturaleza cubriéndose con ese manto blanco para defenderse, por decirlo así, de las crueldades del frío, nuestro espíritu rebosa de placer, y un éxtasis extraordinario embarga nuestras facultades. Preguntad al hijo del Canadá, y os contestará que el fenómeno para él es indiferente, y lo que es más, es hasta desagradable.

El gusto marcha en su origen y en su vida histórica auxiliado siempre del génio: tanto uno como otro se inspiran en la percepción: el génio percibe la belleza y le dá vida presentándola bajo diferentes formas, ya en sus estatuas, en sus monumentos arquitectónicos, en sus cuadros ó en la tragedia; el gusto percibiendo esa misma belleza despierta el conocimiento reflexivo, acompañado de las funciones y operaciones lógicas que le son propias, y llega hasta un grado superior en el conocer, que es el racional. De este modo se producen los fines didácticos, y el gusto impulsado por el génio forma el juicio acerca de las cuali-

dades y circunstancias de la belleza, que es la que constituye la Crítica en general.

Mr. Villemain admite tres clases de críticas : la dogmática, la histórica y la congetural. Para él la primera trata de la investigación de la fuerza de los sentimientos humanos, y de la conformidad ó inconformidad de las obras literarias con los preceptos del arte: la segunda de comparar los diversos siglos y sus dominantes inspiraciones; y la tercera, de todos los esfuerzos y vicisitudes del talento. La generalidad de los preceptistas admite otra clasificacion. La Crítica para ellos puede ser literaria, filosófica é histórica. La Crítica literaria se concreta al juicio de las bellezas y defectos, y al exámen de las circunstancias que concurren en las obras del arte. Esta Crítica no la confunden con la artística, porque las obras que juzga tanto pueden ser expresion de fines ajenos al arte, como ideales científicos, religiosos y sociales, que en ellas se reflejan; y la Crítica literaria, más extensa todavía que la artística, cuando estudia, por ejemplo, una produccion dramática, no sólo exámina sus bellezas literarias, sino la moralidad que encierra ó el fin social á que responde. La Crítica filosófica considera la obra que juzga, como un individuo en su género, y no ocupándose de las condiciones y circunstancias en que aparece, la mira y estudia con arreglo al ideal que á este género traza la filosofia de la literatura, haciendo completa abstraccion del tiempo y del espacio. Graves inconvenientes puede ofrecer esta crítica cuando inspirándose en un estrecho criterio de escuela. prescindiendo del sentimiento y sometiendo á las exigencias de un sistema el libre vuelo del espíritu humano, se obstina en no reconocer mérito alguno á las obras que se apartan de la pauta que traza á la inspiracion, y en poner trabas al movimiento progresivo del arte. La Crítica histórica, á la que que tambien llaman *alta crítica*, es la que juzga la obra en relacion á la tradicion literaria del pueblo y tiempo en que aparece, y á su autor mismo, examinándola como un hecho de la historia literaria, más bien que como una determinacion de un género abstractamente considerado. Cada una de éstas ejerce por

consiguiente una función distinta, pero todas son el resultado de la unión del juicio con el sentimiento, de la ciencia con el gusto.

CAPITULO III.

Condiciones que la Crítica debe reunir para que su influencia en la producción literaria sea tan grande como eficaz.—Ciencia.—Sentimiento artístico.—Buen gusto.—Imparcialidad.

Como la belleza no es sólo objeto del sentimiento, sino del conocimiento, y afecta á la inteligencia al par que á la sensibilidad, como la producción de la obra de arte se ha de sujetar á ciertos principios, de cuya realización pende su buena ó mal éxito, el juicio del crítico se extraviaría fácilmente si sólo se fundara en el sentimiento, pues entonces participando del carácter móvil y subjetivo del gusto, se confundiría con el juicio irreflexivo y poco seguro del vulgo. Necesita, pues, el crítico poseer ciertas cualidades, sin las que no puede merecer el nombre de tal, y sin las que no podría la crítica cumplir la elevada misión de su destino. Estas cualidades pueden reducirse á cuatro:—ciencia, sentimiento artístico, buen gusto é imparcialidad.

CIENCIA.—Necesitando la Crítica relacionar los principios fundamentales con los hechos, para señalar la conformidad ó inconformidad de estos con aquellos, no es posible que cumpla su propósito si no está iniciado en estas ideas, en estas percepción-

ciones, en estos conocimientos que son los que por los métodos de induccion y racionio constituyen los principios absolutos, firmes, universales y necesarios. La ciencia debe poseerla, tal como es en sí misma, es decir, abrazar todas las esferas del objeto y constituir una seccion en la que los objetos de la naturaleza sean considerados como son y como deben ser, como el mismo en su esencia sobre toda particular relacion, y asimismo en aquella que permanece inmutable en él subsiste eternamente.— La Crítica debe estar iniciada en la Antropologia, en la Biologia y en la Psicologia, es decir, en la ciencia del hombre, de la vida y del espíritu, para que sepa de cuanto el hombre es capaz, y pueda estimar y aquilatar sus concepciones. Ha de conocer la filosofia como ciencia primera é investigacion razonada de las primeras causas; la Historia, como la de los acontecimientos realizados en el tiempo y el espacio, y la filosofia de la Historia como la ciencia de las exigencias del ideal á qué todo hombre aspira, de reunir la vida teórica y la práctica. Ha de conocer la Esthética que es la que enseña el concepto de lo bello y de lo sublime, la que determina los caractéres de la emocion, y la que señala cuanto existe en la forma de los objetos y en el sentimiento del individuo. Ha de conocer el desarrollo del arte literario, la ciencia del language; la morfologia y la que trata del modo de conducir el pensamiento adecuado al fin que nos proponemos; y por último, recorrer la antigüedad, oír constantemente su voz, y poder inspirarse en sus manifestaciones, marcando con mano maestra el tiempo y el espacio en que se suceden.

Es necesario que el Crítico vaya al desierto de Hus para oír los preceptos de la filosofia del dolor, que sepa recoger las sabias lecciones del héroe de la Cruz; marchar á Roma para conocerla sábia, grande y poderosa un tiempo, y despues estudiar sus ruinas, “sus campos de soledad, su mústio collado.” Es preciso que sepa admirar aquella peregrinacion en una débil arca conducida sobre las olas agitadas, aquel gran poema del Diluvio que comenzó por una maldicion y terminó por una bendicion simbolizada por un arco de colores en el cielo y una paloma

blanca en la tierra; que penetre en la sábia Grecia y allí conozca al divino Platon, al filósofo de Estagira y al gran sacerdote de la enseñanza, descubriendo en aquel lugar bañado por el Mediterráneo la cuna de la civilizacion. Es preciso que entre en Francia y conozca á Racine, á Corneille, á Rousseau, á Diderot, al ilustre Lamartine, á Huet y á Chateaubriand: en Alemania, para admirar la profundidad de Lessing y de Herder, de Krause y de Schopenhauer, y la sublime musa de Goëthe y Schiller: en Inglaterra para contemplar el espíritu analítico de Shackspeare y de Milton, de Walter Scot y de Byron, de William Jones y de Burke: en Italia para oír las dulces composiciones del Dante, de Petrarca, de Boccacio y de Leopardi; y en España, para lleno de admiracion poder proclamar la gloria de génios inmortales en todas las esferas del saber humano; para conocer la fecundidad inagotable de Lope de Vega, el génio universal de Calderon, y la invencion y prodigioso ingenio de Miguel de Cervántes.

La Crítica necesita saber que la literatura española se distingue por la magnificencia del sentimiento y por la belleza de la expresion; que la alemana se señala por su profundidad; la inglesa por su delicadeza analítica; la india por lo grandioso de su fantasía; la griega por su transparente pureza; la árabe por su valentía é ingenio, y la francesa por reflejar admirablemente todos los caractéres de las demás.

En suma, el Crítico ha de poseer una educacion especial aparte de la que es comun á todo artista. Esta educacion ha de tender por una parte á la adquisicion de la ciencia, y por otra á la del sentimiento artístico, y ser por consiguiente á la vez, teórica y práctica. Cuando al través de estos progresos, de estos estudios, de un hábito práctico y acertado en la meditacion y una justificacion reconocida, estudie la Crítica las obras del genio, entónces llenará cumplidamente su elevada mision, y no habrá palabra bastante elocuente para ponderar la grandiosidad de su ministerio.

SENTIMIENTO ARTÍSTICO.—La Crítica necesita no sólo sentir lo bello, sino que ha de colocarse en las condiciones en que

el artista se halla al concebirlo; ha de inspirarse como éste en la belleza, pues sólo podrá apreciar las obras é interesarse por sus méritos, penetrarse de las ideas y del sentimiento que las anima y adquirir la capacidad necesaria para juzgarlas con justicia.

El arte, que toma sus elementos de la naturaleza, se propone realizar libre y hábilmente las ideas del espíritu, y es sin duda lo que dá vida á las ideas morales, lo que mantiene la espontaneidad del espíritu, y lo que hace que el hombre ame más y más el mundo que lo rodea. El arte toma la luz de las más elevadas regiones de la inteligencia, y la irradia sobre el mundo moral para hacer germinar en él las ideas generosas y los nobles sentimientos. El arte tiende sobre la ciencia una incontestable superioridad, y consiste esta superioridad en que se dirige á todos los hombres, que habla á las masas el idioma que mejor comprenden, el lenguaje de la razon y del entusiasmo. Imposible sería comenzar la educacion de un pueblo por las ciencias, porque no podría participar de ellas el mayor número de las inteligencias; y será además un absurdo intentarlo, porque sería ir contra las leyes de la humana naturaleza, porque el origen de todo desenvolvimiento religioso, industrial y político está en la energía de la voluntad y del sentimiento, y la ciencia de ningun modo se dirige á estas facultades. La historia prueba que hasta los adelantos científicos han tenido siempre por primera condicion los progresos esthéticos. Lamartine dice: "Si el género humano estuviera condenado á perder completamente la ciencia ó el arte, es decir, uno de estos dos órdenes de verdades, ó todas las verdades matemáticas, ó todas las morales, digo que no debiera vacilar en sacrificar las primeras; pues si todas las verdades matemáticas se perdieran, el mundo industrial, el mundo material sufriría sin duda grave daño, inmenso perjuicio; pero si el hombre perdiera una sola de esas verdades morales, cuyo vehículo son los estudios literarios, el mismo hombre, la humanidad entera sería quien perecería." No es ménos digna de mencionarse la opinion de Noirot sobre esta materia, y en su obra titulada *Curso inédito de filosofía* dice: "Las artes desempeñan un

papel capital, necesario en la civilizacion; son en rigor, más precisas que las ciencias, y un pueblo que completamente abandonase la cultura de las artes para entregarse exclusivamente á la de las ciencias, sería un pueblo que apesar de todos sus esfuerzos llegaría muy pronto á la barbarie."

El arte así considerado es como debe entenderlo el Crítico. Es necesario que así lo comprenda y que así lo explique en sus producciones. Es preciso que ame intensamente la belleza, que se sienta por la misma conmovido, que se persuada de que, como dice Tissandier, la poesía y las artes son la expresion más dulce y más acabada de ese total de verdades adquiridas á cuya concepcion se ha elevado la multitud en un momento dado de la vida de un pueblo. Es necesario que el Crítico sea artista, tanto bajo el punto de vista teórico como en el práctico. Y cuando se halle poseido de tan sublime sentimiento, cuando haya ido á Italia para admirar el Júpiter Olímpico de Fidias, el Moisés de Miguel Angel, y la más bella exhibicion de la escultura, cuando conozca á Kant, artista de pensamiento en la razon; Beethoven, artista de sentimiento en el sonido; y á Washington, artista del derecho en lo sociedad; cuando conozca la inspiracion de Píndaro, los cuadros de Rafael, el espiritualismo de Santa Teresa de Jesus, el génio universal de Calderon, la vis cómica de Tirso de Molina, la delicadeza de Moreto y el génio inventivo de Cervantes; entónces y sólo entónces tendrá educado su sentimiento, y entónces siendo un verdadero artista, podrá reunir la importante condicion de que nos ocupamos.

Tan necesario é imprescindible es el sentimiento artístico, que al carecer de él el Crítico, ya no puede existir ese estado de iluminacion y de calor en que se halla el alma cuando más vivamente funciona la imaginacion, ese *mens divinius* que se llama inspiracion. Al faltar el sentimiento artístico no hay ya el goce espiritual que atrae, que domina, que fascina; no se conoce el estado en que se encuentra el alma al contemplar la belleza; y no puede formar juicio alguno exacto sobre la emocion esthética. El Crítico que carece de este sentimiento, no puede comprender ese

estado de delicia en que se encuentra el poeta en el momento de la inspiracion; tampoco aquella *certa idea que me viene in mente* de Murillo, y mucho ménos todo el movimiento artístico que simboliza el *parla per Dio* de Miguel Angel.

BUEN GUSTO.—La capacidad que tenemos para percibir, conocer y apreciar aquellas cosas que al oír ó leer las composiciones literarias hacen en nosotros una impresion agradable ó desagradable; esa mayor ó menor aptitud que tiene cada individuo de la especie humana para distinguir lo que realmente es bueno, de lo que acaso lo parece, lo completamente bello de lo que no lo es tanto; eso es lo que se denomina buen gusto. Las bellezas ó deformidades de las producciones literarias, y aún de las artísticas, son absolutas é independientes de nuestro juicio, y en suma no son otra cosa que su conformidad ó discordancia con la naturaleza. De manera que la belleza ó el defecto son reales y efectivos: el trabajo del Crítico consiste en percibirlos acertadamente. Esa confusion con que se sienten las bellezas, esa equivocacion que con frecuencia se observa entre los primores y los defectos, es hija de la pura sensibilidad, de una especie de sexto sentido que se ha llamado *sentido de lo bello*; pero conocerlos, analizarlos, distinguirlos y declararlos buenos ó malos, con certero juicio, es del dominio exclusivo de la inteligencia, del *sentido esthético*, del talento unido á la instruccion. El desarrollo del gusto y su acendramiento se procura cultivando los factores que lo componen, infundiendo energía y disciplina á la imaginacion. El Crítico necesita formarlo y pulirlo, pues como el amor se inspira, pero no se enseña. Es preciso fortalecer y cultivar nuestras fuerzas sensibles, intelectuales y morales, para alcanzarlo. Su aprendizaje es diverso, segun las artes á que se aplica; pero siempre es preciso conocer la idea general de todas ellas, y el lenguaje peculiar de que se sirve cada una para enunciarla.—Sólo sabiendo la mision, el término ideal del arte, en la aproximacion que nos sea dado, podremos juzgar las obras que de él se apartan, y las que se le acercan. No podemos juzgar la criminalidad de un hecho si no conocemos el Código penal, no po-

demostramos juzgar la infracción de un deber cualquiera, si no sabemos lo que exige la moral enlazada con nuestro futuro destino. La contemplación de la naturaleza, la sociedad y sus recíprocas relaciones, ensanchan desde luego y dirigen nuestro criterio para juzgar acertadamente de todas las cosas. Es decir, que la Filosofía en este punto, como en todos los edificios que el Crítico trate de levantar, ha de servirle de cimiento.

Para dar al Crítico recomendaciones más especiales y prácticas para adquirir la parte de gusto que se necesita, no podemos vacilar en señalarle como medio eficaz y seguro, el estudio de los autores que en las diferentes artes la posteridad ha calificado con la categoría de modelos; el estudio concienzudo, pero libre, sin pretensiones de ninguna clase, y sin supersticioso fanatismo en favor de ninguno. También es preciso saber comparar para aprender á juzgar, porque así se aprende previamente á juzgar, porque así se aprende previamente á conocer; se fecunda, desenvuelve y fija el gusto natural con que nacemos y nos educamos, se convierte este paulatinamente en gusto correcto, y nos introducimos de plano en el mundo de las artes, familiarizándonos con sus fantásticas creaciones.

Cuando el crítico adquiere de esta manera toda la instrucción necesaria, cuando conoce los principios firmes, absolutos y eternos de la verdad y la belleza, entónces le es dable comparar con fruto, y sus juicios son fallos acertadísimos que pasan en la enseñanza á categorías de preceptos.

La Harpe en Francia, Horacio en Roma, Lessing en Alemania, Harris y Warton en Inglaterra, y Alberto Lista, Ramon Mesonero Romanos, Francisco Javier de Búrgos, Antonio Gil de Zárate y Amador de los Rios, entre nosotros, nos ofrecieron acabadísimos modelos de buen gusto, y sus trabajos de gran exactitud y acierto, nos han servido para conocer las distintas Literaturas, en todos sus períodos, desde sus nacimientos hasta sus decrepitudes. En esos autores hemos visto el fruto de un sentimiento artístico, de un talento y de una instrucción tan fecunda como admirable, y en nuestras aulas á cada paso apare-

cen esos nombres dando carácter de verdad á nuestras explicaciones, y prestándoles acuerdos y conformidad como códigos maravillosos y como fuentes purísimas de saber y luz.

IMPARCIALIDAD.—Para que la Crítica sea tan eficaz como fecunda, es preciso que sus fallos siempre se inspiren en la verdad y en la justicia; que la primera sea la que la impulse, y que la segunda sea la luz radiante que la guie. El juicio para ser exacto, para llenar su elevada mision educadora, es preciso que deje á un lado prevenciones y asienda á mayor esfera. La imparcialidad es su carácter distintivo, la que la constituye en un sublime apostolado y la que hace subir de punto su importancia y su gerarquía.

El Crítico jamás debe dejarse llevar de móviles que perturben, extravíen y corrompan el juicio; ninguna pasion debe moverlo ni turbar la serenidad de su juicio; sin que por esto se entienda nunca que la Crítica pueda ser fria é indiferente. El crítico debe amar la belleza con calor y pasion, debe interesarse por el arte y consagrarse á su progreso, desarrollo y desenvolvimiento con el mayor entusiasmo; de otro modo sería fria, excéptica y verdaderamente infecunda. El Crítico, por último, debe cerrar la puerta á toda prevencion de amistad, á todo espíritu de escuela, á toda sugestion de vanidad ó de envidia.

Nada echa por tierra con más violencia el elevado concepto de la Crítica, como el momento aquel en que se advierta que se inspira en móviles de mal género, y que sólo nacen de las personas, de las circunstancias, del medio social en que el espíritu se desenvuelve, pero por ningun concepto de la produccion literaria. La Crítica tiene una mision eminentemente educadora y debe ser siempre modesta, sensata, juiciosa y delicada. Poco prestigio le daria el sentimiento artístico, el buen gusto, el talento, la instruccion, si en ella no hubiera una dosis de moralidad y de justicia que viniera á darle su verdadero carácter y á revestirla de los preciosos y delicados colores con que debe adornarse.

La imparcialidad es de suyo tan necesaria, que para lograr-

la decía Boileau *soyez vous à vous même un sévère critique*; pues de esa manera sabia el Crítico las deferencias que en todas situaciones debe tener con los autores, sin que jamás lastime su amor propio, ni mucho ménos penetre en terreno tan vedado como la amarga sátira ni la intempestiva personalidad.

Cuando la crítica se sobrepone á las pasiones, cuando comprende su grandiosa mision, cuando su fin es docente, y cuando educa, ilustra, analiza y entusiasma el espíritu y despierta sentimientos nobles y generosos, entónces compite en sublimidad con el génio, y se eleva por sí misma á la categoría de una suprema magistratura. De otro modo la Crítica es el azote de los pueblos, sofoca la inspiracion, desalienta el espíritu, apaga la luz del entusiasmo y es márgen de terribles calamidades.

La parcialidad, así como la intriga, el encono y la mala fé, tan comunes en juicios críticos, jamás ha podido, no dirémos levantar una reputacion, sino ni siquiera atraer el más sencillo aplauso, ni la más ténue simpatía. Esos juicios halagan á algunos á quienes alimentan bastardas pasiones y sentimientos mezquinos; pero esos trabajos no tendrán una voz venerada para la posteridad, ni serán nunca enseñanza fecunda y provechosa.

La delicadeza y la correccion, la imparcialidad y la modestia, la sensatez y la ilustracion, se alejan siempre de las pasiones y de todo lo que pueda ser encarnacion de las mismas. Esas son las bases de una sana crítica, esos son los bellísimos sentimientos que debe respirar un arte que por su elevado mérito debe producir el respeto, la veneracion y el reconocimiento de los pueblos.

La Esthética, esa ciencia inventada por Banmgarthem, es antorcha cuya clara luz puede alejar estos extravios y es la encargada de esta importantísima mision; y los que la profesan con religioso culto é indeclinable intelgencia, serán los que sin el ruido de acaloradas polémicas llegarán á elevarse á aquel digno criterio filosófico que constituye el gusto correcto, y que más que á morder con satánico cinismo las producciones literarias, conduce á hacer gozar el placer de lo bello que en ellas exista.

CAPITULO IV.

Cualidades del Crítico.—El acto es personal.—Necesita el Crítico poseer facultades análogas á las del artista, y conocimiento teórico de los medios empleados para producir la obra.—Necesita además todas las operaciones que usa el espíritu humano para descubrir la verdad.—Actos del Crítico.—Medios para conseguir la acertada dirección de sus facultades.

Así como la producción de la belleza es un acto personal en el que interviene el estado en que se encuentra nuestro espíritu á la contemplación de todo lo creado, el acto crítico es asimismo personal, pues lo es la apreciación de las bellezas y defectos que existen en una composición literaria. No puede el acto crítico existir por inspiración de otra persona, no puede sostenerse por los alientos y auxilios de una mano extraña, y ni aún siquiera por el recuerdo de otro juicio propio que sobre otro asunto parecido ó congénere se haya formado. Cada producción literaria tiene una naturaleza propia y *sui generis*, tiene un organismo especial y entraña una idea diferente. No nos es dable confundirlas y aplicar á unas los caracteres de otras. Por eso el Crítico debe ver en cada obra un objeto distinto, un organismo viviente, un verdadero ente y un ser, en suma, que tiene un significado propio en el desarrollo del espíritu humano, y una representación más ó menos acabada en la historia de la vida. El juicio del Crítico debe ser uno, y lleno de integridad, para que

de esa manera la opinion sea firme, y los conceptos sean acertados. En el juicio deben hacerse los mayores esfuerzos, pues este es el que puede producir el prestigio y estimacion del Crítico, ó el que puede acarrear su deshonra y menosprecio.

Su trabajo es tan útil como provechoso, y desde el momento en que su fin es la enseñanza, está lleno de dificultades y peligros. El Crítico cuando tiene delante una composicion, necesita examinar los elementos que forman la integridad de la obra, y la armonía que de su combinacion resulta. Necesita por consiguiente para salir airoso en tan árdua empresa, poseer facultades análogas á las artísticas, ó sea análogas á las que sirvieron al productor para la adquisicion de los elementos de que dispuso, y para la armónica combinacion de estos elementos. Y no confundamos por razon de esa analogía las funciones del creador con las del Crítico; el oficio del artista es activo y se cifra en adivinar la armonía ántes que esta exista, observarla y percibirla en el caos; el oficio del Crítico es puramente pasivo, la armonía la vé despues que existe, y nos produce eminentes ventajas porque percibiendo y sintiendo esa misma armonía, desarrolla nuestras facultades y nos hace conocer un caudal inmenso de bellezas.

Necesario le es asimismo poseer el conocimiento teórico de los medios empleados para producir la obra. No le es necesario la facultad de idealizar, de presentir algo más bello de lo que la naturaleza le presenta, de elevarse por medio de la imaginacion á regiones sobrenaturales y llegar al infinito; pero necesita el sentimiento puro de lo bello, el sentimiento de las tendencias ideales, y los movimientos, imágenes y encantos de la fantasia en esos momentos sublimes, que como dice el sabio y profundo pensador Don Domingo Leon y Mora, convierte los fantasmas en tipos inteligibles y crea lo bello, dando á las imágenes del espíritu una vida mental. El Crítico, para adquirir esos conocimientos teóricos de los medios empleados por el artista, necesita conocer el génio, su prodigioso poder, sus elevados arranques, su esfera de accion, su maravilloso desenvolvimiento y su

admirable don de adivinar y presentir lo que los demás hombres no perciben, lo que no tiene vida en el órden de lo creado; debe asimismo conocer el ingenio y comprender como este poder creador arrebatara la concepcion genial y la traslada al imperio de las artes; advertir esa admirable aptitud de sacar partido de la invencion, esa parte verdaderamente práctica que crea la ciencia, que engendra el arte y que desarrolla poderosos veneros de encantos, de utilidad y de riquezas; Newton inventa la gravedad, Watt el vapor, Galvani descubre un foco de electricidad en los nervios lumbares de la rana, Guttenberg la imprenta, Juan Goya la brújula, Cyrus Field el modo de conducir el pensamiento de polo á polo, Barthold los relojes, Virgilio crea la Eneida, Homero la Iliada, Shackspeare el Hamlet, Meyerbeer la Africana y Belvedere su Apolo; y esas obras del génio, esas sublimes creaciones las toma el ingenio, las aplica á las máquinas, á las necesidades de la vida, á la utilidad humana, y almacena, por decirlo así, los preciosos elementos que han de servir de fundamentos á las letras y á las ciencias. Nada hubiera hecho Arquímides corriendo por las calles de Siracusa por virtud de su *¡Eureka!* si el ingenio humano no hubiera llenado los mares de naves, si no hubiera construido prodigiosos bajeles, y si no hubiera unido los continentes. Por último, necesario le es conocer el talento, esa percepcion rapidísima, esa facilidad en descubrir la verdad, en poseerla no sólo dentro de los límites de la realidad, del positivismo humano, sino dentro de su difícil esfera metafísica; poco alcanzaríamos con el empleo de los otros poderes creadores, si esa fuente inagotable de luz no les abriera fácil camino, y le mostrara la verdad como antorcha de sublime pureza en pos de la cual nos dirigimos, como faro de nuestra esperanza, de nuestras aspiraciones, y nuestra más pura belleza ideal.

No es ménos útil al Crítico el conocimiento de todas las operaciones de que se vale el espíritu humano para inquirir y descubrir la verdad. La atencion, la observacion, la experimentacion, la abstraccion y la generalizacion le son necesarias para el estudio y para el fallo que ha de producir. El análisis y la

síntesis son los métodos de que ha de valerse para con detenimiento estudiar las composiciones literarias, para con mano maestra avalorar sus bellezas y defectos, descubriendo con acierto los gérmenes de belleza que en la obra se descubren; estudiando el todo y cada una de sus partes, su aspecto absoluto y relativo, y tender á motivar los defectos que encuentre, no para ridiculizar, ni para descargar por ellos el cruento látigo de la sátira, sino para corregir, para enmendar, para educar. Uno y otro método han de ser sus poderosos auxiliares; el primero para marchar de lo fácil á lo difícil, de lo simple á lo compuesto, de lo particular á lo general, del hombre á Dios; el segundo para comprobar el primero. Con tan valiosos elementos puede el Crítico llegar á conocer la más acabada belleza que pueden producir las artes; y para comparar, y buscar el mayor acierto, advertir que el templo es la más cumplida manifestacion de la Arquitectura; que la estatua es la más perfecta de la Escultura; que el cuadro religioso es la más alta aparicion de la Pintura; que la ópera es la más acabada exhibicion de la Música; y por último, que el drama se presenta majestuoso como el más elevado *especimen* de la Poesia.

Los actos del Crítico pueden concretarse á estas cuatro operaciones: juzga, analiza, describe y clasifica.—*Juzga*, afirmando ó negando un concepto, descubriendo con particular cuidado las bellezas y señalando los defectos, midiendo con acertado criterio todo el grado de elevacion en que las primeras se encuentran, y caracterizando con toda propiedad los segundos; en este juicio se encamina á buscar bellezas, y cuando los defectos le sirven de obstáculos debe con especial delicadeza señalarlos, no para hacerlos relucir y gozarse en encontrarlos, sino para lamentarse de que estos quitan á aquellas su esplendor y su prístina pureza.—*Aanaliza*, estudiando separadamente las partes de la obra y las relaciones más ó ménos estrechas que las ligan, tratando siempre de avalorar dichas partes y de sorprender en cuanto quepa el secreto de la belleza; si el mérito de la obra está en la invencion, ó en la disposicion, el método analítico le permite conocerlo y proclamarlo; si está en los componentes ó en el conjunto, este

nismo método le permite distinguirlo con la mayor cordura.—*Describe*, dando á conocer el sentido artístico, científico y literario de la obra, mostrando su fisonomía esthética, y si es posible hasta algun sentido oculto que entrañe, como ha sucedido al notabilísimo escritor Don Nicolás Diaz de Benjumea al ocuparse del *Quijote* de Cervántes; en la descripción entra la determinación de los distintos elementos, de las distintas faces, de los diversos aspectos bajo los cuales se presenta la producción literaria.—*Clasifica*, determinando el género poético á que pertenece, la índole del asunto, el orden á que por su naturaleza corresponde, y el arte á que cumple por su organismo; en la clasificación debe marcarse con singular cuidado los caracteres intrínsecos de la obra, y las condiciones que reúne para poderse doctamente colocar en tal ó cual género, en tal ó cual categoría artística ó científica.

Especial educación debe poseer el Crítico para adquirir estas ideas, para atesorar esta suma de conocimientos y para satisfactoriamente reunir todos los requisitos de tan suprema magistratura. Bien es cierto que el acto crítico debe ser personal, pero como se requiere un modo especial de juzgar, esta manera se adquiere, se forma y se completa con las ideas y los juicios ajenos. Estos que pudiéramos llamar juicios modelos, elevan su alma y lo inclinan á las ideas esthéticas más nobles, y á las de mejor gerarquía. Posible sería que la percepción y el ojo humano puedan extraviarse y no advertir bellezas, ni tropezar con defectos, pero entónces una mano ajena pudiera remover obstáculos que embarazan nuestras miradas, y mostrarnos hermosas perspectivas que estábamos muy léjos de adivinar. El Crítico puede dar una buena dirección á sus facultades intelectuales, una brillante aplicación á sus conocimientos, y conseguir inspirarse en ideas nobles y sublimes, que han de encaminar su trabajo á la obra por excelencia y á su elevada misión eminentemente educadora.

El Crítico para dar una buena dirección á sus facultades y

marchar con acierto en su propósito, debe poner en ejercicio los siguientes medios :

I.—Exámen de los objetos exteriores del mundo físico y moral, y de la naturaleza y sus elementos que el arte expresa y representa. No es posible poder juzgar una estátua, un monumento arquitectónico, un paisaje, una obra dramática, si en el Crítico no existe la aptitud necesaria para comparar lo que realmente existe, con las creaciones de la imaginación y del génio. El que no conozca los sentimientos de un pueblo, la índole de una época, las impresiones nobles y generosas que se desarrollan en el alma como las ideas de ódio, de aversion, de enemistad, envidia, no es posible que juzgue una composición dramática, y mucho ménos teatros como los de Tirso de Molina, Moreto, Alarcon, Rojas y Calderon.

II.—Contemplacion, estudio y comparacion de los modelos. Los modelos constituyen la belleza ya creada: en ellos puede observarse la melodia y la armonia, los elementos y la combinacion del arte, la unidad en la variedad. El Crítico debe *contemplanlos*, es decir, mirarlos con admiracion, extasiarse en sus bellezas, sentirse atraído por ellos, y adquirir conocimiento sobre la emocion esthética que producen. La contemplacion es hija del sentimiento y de la atencion. A veces no nos fijamos bastante en bellezas, porque á primera vista no las conocemos; y si algun medio nos estimula á fijarnos en ellas entónces las advertimos, y nos detenemos á contemplarlas. Esa fijacion de la mente y de nuestras facultades en una obra de arte, produce dos sentimientos muy naturales; el uno consiste en quererlo imitar, el otro en querer exteriorizar la emocion que nos causa. Uno y otro son gérmenes productores de nuevas bellezas. Si Miguel Angel no hubiera contemplado la hermosa figura del héroe del Sinaí, no hubiera creado su admirable Moisés; y si Murillo no hubiera contemplado las jóvenes bellas de Florencia, no hubiera concebido su Purísima. Los modelos además, perfeccionan el gusto y despiertan el sentimiento de lo bello. El Crítico *debe estudiar* los modelos, porque este

es el medio más eficaz para formar un juicio perfecto. El estudio le hace comprender que La Bruyère se equivocaba cuando decía: "cuando un libro me inspira nobles y saludables sentimientos digo, que es escrito por una mano maestra." El Crítico no puede llamar buenas á las obras por la impresion verdaderamente subjetiva que le cause, pues estaria expuesto á llamar bellísimos á muebles viejos y rotos, que le recordarán los dias felices de su infancia. La meditacion, el análisis, la observacion de los modelos podrá al Crítico darle luz para alcanzar á comprender toda la elevacion del arte y todas las bellezas de sus creaciones. El Crítico estudia el modelo, en sus elementos, en la feliz combinacion de éstos, en todas las cualidades que le distinguen, y tomándolo como base, como tipo de perfeccion y belleza, es capaz de formar juicios seguros, certeros y sólidos. Por eso el que se dedica á las artes debe frecuentar las Exposiciones Universales, pues de esa manera se contemplan los mejores modelos, y puede entónces, como hemos dicho, perfeccionarse el gusto. Mal podria juzgar el teatro latino el que no conociera á Aristófanes y Menandro, á Sophocles, Esquilo y Eurípides; mal podria juzgar las obras de un pintor, el que no conociera los cuadros de Vandick y Pradilla; mal juzgaria un discurso oratorio, el que no conociera á Demóstenes y á Ciceron, á Burke y á Mirabeau, á Canalejas y á Castelar. El Crítico, en fin, *debe comparar* los modelos. La comparacion es un medio eficaz de acierto, y cuando no hay una preceptiva fija, cuando se trata del arte que no tiene un código acabado y universal, es el medio de advertir los defectos y admirar las bellezas. La comparacion de los modelos produce, por decirlo así, una gimnástica artística, que desarrolla tambien el gusto, y hace que el juicio tenga más fijeza y descansa en base más sólida. Comparando se entra en ciertos pormenores que permiten al Crítico fijarse en los elementos constitutivos de la belleza, y el organismo de los objetos; entra á descubrir esa belleza del movimiento que constituye la gracia, y se adquieren aptitudes para levantar juicios provechosos, y que coloquen al Crítico en la elevadísima mision de su destino.

III.—Una buena teoría. Esa teoría se adquiere con la ciencia y con el arte; con la práctica y los principios; y más que todo con la posesion perfecta de la verdad. El que no tiene ideas fijas no puede juzgar; el que no conoce el imperio de las artes no advierte los defectos ni descubre las bellezas. Esa fijeza en los principios la dá el conocimiento profundo y metódico de la naturaleza, del hombre, de las facultades anímicas que este posee, y de la unidad científica y artística. El Crítico tiene que ver las cosas con detencion, y formarse una idea exacta sobre la belleza física, la intelectual y la moral, sobre la belleza real y la formal: darse cuenta de las causas que motivan la emocion esthética, y despues de todo esto crear un criterio propio, y un modo de sentir tan discreto como racional. Góngora cayó en el culteranismo, Fray Luis de Leon en el idealismo, Boscan y Garcilaso en el extranjerismo, y no podian formar juicios exactos, por estar dominados por ideas y preocupaciones que á sus inspiraciones quitaban toda la libertad y la independencia. Un conocimiento profundo de las verdades científicas, una penetracion acabada del predominio del arte y de sus mejores exhibiciones y formas manifestativas, un gusto educado en brillantes modelos, gran parsimonia y discrecion, pueden formar una buena teoría, que para el Crítico será tanto más útil cuanto puede ser la piedra de toque para resolver sobre la conformidad ó in-conformidad de las obras con las bellezas del arte.

CAPITULO V.

Elementos de la apreciacion crítica. — Los principios influyen en el acto crítico.—Opinion de Mr. Gratry sobre la necesidad de los principios.—Ventajas que producen.—La Crítica no cumple su elevado destino con los principios solamente, sino que necesita del entendimiento.

Los principios generales de la ciencia y los que se adquieren con el hábito práctico de admirar, contemplar y comparar las obras del arte, influyen en el acto crítico *limitándolo*, es decir, marcando los preceptos á que necesariamente deben ajustarse las producciones literarias para averiguar su conformidad ó inconformidad con el arte, y determinar en último resultado las bellezas que atesoran y los lunares ó defectos que las afean; *facilitándolo*, es decir, sometiéndolo á las precisas reglas del criterio para que no vea como real lo que es hijo de preocupaciones, y que el Crítico advierta lo que depende de su entendimiento y lo que percibe su fantasia, echando en suma á un lado todos los obstáculos que pudieran oscurecer el acto crítico, y que interrumpan la exacta formacion del concepto; *preparándolo*, es decir, disponiéndolo para que con el sentimiento artístico, con la ciencia y el buen gusto pueda apreciar las bellezas que de otra manera le sería imposible percibir; *asegurándolo*, es decir, mostrándole la belleza creada y los elementos que en la misma entran á

componerla , exhibiendo á cada paso la teoría ó sea los principios confirmados por los casos particulares. De manera que los principios influyen limitando, facilitando, preparando y asegurando el trabajo del Critico para que jamás se aparte de la verdad y para que pueda defenderse contra el error. Es necesario dar al hombre que entra en la vida literaria, algunos principios sobre el arte de discernir y juzgar los libros y las doctrinas. La Crítica tiene un acto privilegiado y de importantísimas consecuencias, y como elemento de educacion es quizá el primero de todos. Como tal, fuerza es orientarlo desde luego en el oceano cada vez más y más proceloso, del pensamiento del siglo. Oigamos á Mr. Gratry, profesor de Teología moral de la Sorbona de Paris: “La prensa es en el mundo, dice, una nueva fuerza; “nació tres siglos hace, y en el último ha centuplicado, por lo “ménos, su poder. De medio siglo á esta parte la libertad de “imprimir se halla establecida en toda la redondez de la tierra. “Casi todos los hombres saben leer, y al mismo tiempo casi ninguno se halla en estado de juzgar lo que lee: nadie sabe defenderse contra un libro. En la clase media de las inteligencias, “cada cual se deja formar en corto tiempo, á veces en algunos “días, por la imágen del diario que recibe. Lo escrito, escrito “está; y lo que está impreso gobierna. Las masas son abrumadas y despedazadas absolutamente por el poder irresistible de “la prensa cotidiana. y hasta los entendimientos más cultos no “conocen bastante el modo de defenderse. He visto grandes “inteligencias enteramente engañadas por los escritos más absurdos. Bajo la enorme y creciente cantidad de materia impresa “¿quién puede conservar la atencion, la lucidez, la libertad y el “propio impulso? Si no se adquieren hábitos de crítica sanos, “metódicos y vigorosos que enseñen á cada entendimiento á defenderse y desenredarse, se perdería entre nosotros el espíritu, “se destruiría su libertad individual, y el individuo pensador que “dará absorbido en la masa. En otro tiempo todo hombre libre “ceñía espada: esto vuelve á ser de imperiosa necesidad, si se “quiere que haya entre nosotros espíritus libres. Demos á todos

“los entendimientos cultivados, en cuanto sea posible, algunos principios y hábitos de verdadera crítica, enseñemos como esos principios funcionan, y es como se llegará á formar un público capaz de juzgar é imponer silencio á los vocingleros inútiles y culpables.”

Volviendo á la apreciacion crítica, tenemos que persuadirnos de que se efectúa en virtud de un juicio conforme á determinados principios; que estos enseñan la circunferencia dentro de la cual debe encontrarse la belleza, y que producen ventajas muy tangibles y que son entre otras las que pasamos á enumerar:

I.—Las modificaciones subjetivas de la apreciacion esthética las corrigen, cuya correccion es tanto más de advertirse cuanto que los elementos que constituyen nuestra modificacion subjetiva son diversos y de mil maneras se hallan asociados á nuestras propensiones individuales. Los principios nos hacen apartarnos de preocupaciones, y de todo motivo de simpatía que podamos tener con lo que congenia con nuestro carácter, nuestra escuela y nuestro espontáneo modo de discurrir.

II.—Los principios dan firmeza á nuestras decisiones críticas, y en cierto modo nos hacen justos y acertados en los distintos momentos de la vida. Los principios constituyen una regla, una norma que aleja todo sentimiento de emulacion, todo mal humor, y en fin, dirigen doctamente nuestro ánimo cualquiera que sea su estado y los móviles que puedan modificarlo.

III.—Explican los actos de la apreciacion crítica y llegan hasta á legitimarlos. Podemos con facilidad, como dice Balmes, caer en el error sin advertirlo, pero cuando confrontamos nuestras ideas con los principios sólidos, absolutos y fundamentales, entónces éstos nos prestan poderoso auxilio para percibir el error y seguir la senda luminosa que nos presenta la verdad.

IV.—Los principios entran, por decirlo así, en comercio con el sentimiento, llegan á modificarlo y lo disponen á recibir nuevas impresiones. En efecto, la solidez, la constante consecuencia y lo arraigado de los principios, crean en el espíritu el vigor

y la seguridad, y estos son poderosos elementos para el entusiasmo: la fé se desarrolla, desaparece el temor á extravíos, y se despiertan sentimientos á veces nobles y elevados, pero siempre estéticos.

Pero los principios, como elementos de la apreciacion artistica, no son bastante para que el juicio completo de la belleza quede formado, se necesita de otro elemento como es el entendimiento. En efecto, el entendimiento ó sea esa modificacion de la inteligencia en cuanto percibe, es el único que puede conocer las combinaciones artisticas elementales que se combinan con fines útiles. El entendimiento es el que puede alcanzar á descubrir y sorprender el fondo de una obra, el sentido oculto que la domina, es el que puede descubrir si es cierto, como dice Alberto Lista, que los versos que Calderon puso en *La vida es sueño* en los labios de Segismundo se refieren á lamentar la falta de libertad en un pueblo como el español, que reúne tan vasta inteligencia, tan admirable sensibilidad, tan bella índole y tan propia y natural hidalguía; el entendimiento es el que puede descubrir si, como dice don Nicolás Diaz de Benjumea, el *Quijote* en sus aventuras, en sus horas menguadas, en sus terribles luchas, traduce la vida, peripecias y vicisitudes de Miguel de Cervantes Saavedra; el que únicamente puede determinar qué sátira envuelve el *Viaje á la luna* de Julio Verne, y es el que pudiera determinar si el Juan Valgeán de Víctor Hugo, es una profunda protesta contra el antiguo sistema penitenciario, contra esos establecimientos especiales que tanto distan de resolver la ecuacion penal y de consumir la obra de enmienda y reparacion de los que tan brillantes modelos ofrecen las Penitenciarias de Auburn y de Filadelfia. El entendimiento en suma es el que puede explicar á qué ideas responden el Capitolio, el Escorial, la cúpula de San Pedro, la columna de Vendome, y la del génio que sutituyó en Paris ese teatro de desastres y calamidades que se llamó *la Bastilla*.

Los principios y el entendimiento, auxiliadores de los sentidos y de ese juicioso sentimiento de lo bello, podrán de antema-

no apreciar lo imprevisto, lo sorprendente, lo admirable; podrán percibir la diferencia entre la verdadera armonía y el orden mecánico, entre lo que es y lo que aparenta ser, entre el riguroso y espontáneo impulso y la intención calculada, entre la sencillez afectada, la grandeza hueca, y la magnificencia indigente y la sencillez, grandeza y magnificencia verdadera; entre la originalidad de buena ley y la asimilación incompleta; entre lo vaciado de un solo golpe y lo compuesto de distintas piezas; entre la obra yerta y la que trasmite el ardoroso aliento de la vida; en una palabra, la diferencia que existe entre la verdad y el error.

Los principios y el entendimiento han de marchar en feliz y constante consorcio. La experiencia nos demuestra que esos dos elementos del juicio estético, cuando van separados son insuficientes, y cada uno está expuesto á todo género de extravíos. Nada más fácil que encontrar multitud de ejemplos de juicios críticos erróneos, cuyo extravío se funda en haberse apartado de los principios fijos, sanos y sólidos en que debe inspirarse la crítica. En este caso, el hecho puramente subjetivo cede á todas las preocupaciones del espíritu, á todas las ilusiones de la imaginación, á las circunstancias del momento, y á otras mil causas que se constituyen por el modo de ser del individuo y el medio social en que se desenvuelven sus facultades. Estos juicios, hijos puramente del sentimiento, adolecen de todos los defectos de este, cuando él solo sirve de base á las manifestaciones del espíritu. Asimismo encontramos juicios críticos errados cuando sólo se fundan en doctrinas, en teorías generales y en principios fijos, y desatiendea el entendimiento, y la verdadera ciencia práctica que el Crítico debe poseer.

CAPITULO VI.

El periodismo.—Consideraciones sobre él como producción literaria.—Bajo el punto de vista de la crítica es un género de manifestación difícil, delicado y de gran trascendencia.—Las leyes á que se somete no están escritas en ningún código especial, pero los que se han dedicado á cultivarlo las conocen y practican con acierto.—Tiene un modo de ser y una vida particular.

El pensamiento de los pueblos como el de los individuos se presenta perfecto y en toda su plenitud en el mundo interior de la fantasía, pero en el de la realidad exterior, jamás llega á desenvolverse por entero merced á la multiplicidad de accidentes perturbadores que enlazados como una red en su camino lo embarazan y detienen, lo desvian y casi nunca le permiten llegar hasta su fin. Estas circunstancias hacen que su pensamiento, cada vez más experto, trate de vencer obstáculos, salve dificultades, y con precipitación se deje guiar por los primeros arranques del espíritu, y por las más fuertes y espontáneas emociones del alma. Las convulsiones políticas, las instituciones nuevas, las revoluciones, los cambios dinásticos, las peripecias de la vida, influyen poderosamente en el entendimiento humano, y embargando toda la inteligencia el hombre se detiene un momento, recapacita un instante, y cuando ha sumado agravios, cuando una idea lo molesta, le quita el sosiego y la tranquilidad de su alma, entónces se decide, y sin cuidarse de los principios, de las

reglas, de las condiciones del arte, de todos los especiales requisitos de la crítica se lanza á la arena literaria, y allí exhibe el estado de su alma, sus ideas, sus creencias y sus sentimientos. Sin más tiempo que el espacio de horas, decide rápidamente una cuestión que puede necesitar siglos de meditación; juzga, analiza, describe, compara con la rapidez del rayo, y los elementos del arte los convierte en espadas forjadas por Vulcano, cuando no en armas envenenadas para lograr grandes perjuicios con sus funestos golpes.

Hablamos del periodismo: creación verdaderamente nueva, signo y expresión de la actividad que nos devora. Si atendemos á sus resultados, á su influencia, á las modificaciones que pueden imprimir á nuestras ideas y creencias, es necesario considerarlo como un organismo viviente. El calor de algunas imaginaciones, el estado morbosos del espíritu ha permitido que se le llame la garantía de las libertades y de las instituciones, se le considere como el *cuarto poder del Estado*, cuando verdaderamente el periodismo no es más que un instrumento de combate para la batalla interna y continúa en que vivimos y nos agitamos. Sin embargo, el periodismo tiene vida propia, y hay que considerarlo de un modo serio y grave, porque considerando el espíritu en su estado de mayor excitación, puede producir y produce grandes trastornos, inmensos extravíos y hasta la felicidad ó la desgracia de los pueblos; porque es serio y grave el lugar donde ese instrumento de combate se ha levantado, y porque es grave é importante el destino que le corresponde en todas las naciones que se desenvuelven y progresan en la edad moderna.

No temamos discurrir acerca de las causas que han engendrado el periodismo, y que lo hacen indispensable y omnipotente. No creemos que se haya apoderado del porvenir, y que la sociedad futura no se conciba sin su existencia y predominio. El periodismo es sin disputa un nuevo elemento de la civilización moderna, y en nuestros estudios sobre la Crítica y su elevada misión, tenemos que considerarlo bajo el punto de vista literario.

Indudable es que el periodismo vive y aisladamente se desenvuelve. Apenas nació, cuando se le vió extenderse de golpe como la luz, apoderarse de todo cuanto existe, dilatar su poderío hasta los límites de la posibilidad, herir nuestros sentidos llamando nuestra atención, y preocupar nuestro ánimo. Así como la Crítica apareció en la edad moderna como una nueva lógica de la razón, colocada frente á frente á la lógica del entendimiento, que manejaban los antiguos, y cuyo advenimiento alcanzó en todos los ámbitos de la tierra tantos vítores y aplausos, así el periodismo aparece como una nueva forma de la inteligencia humana; grande y universal como esa propia inteligencia, se prestó á nuestro amor y á nuestro aborrecimiento, pudo juzgársele con favor ó con hostilidad; y nadie pudo negarlo, nadie pudo desconocerlo.

Cuando el periodismo se levanta como un cuerpo resistente, cuando tiene el conocimiento intuitivo de hasta qué punto y no más debe llevar su resistencia, cuando se propone educar, dirigiéndose á las muchedumbres para hablarles el lenguaje que entienden y entronizan la ciencia y el arte, proclamando los saludables principios del bien, del deber y de la virtud; cuando, repetimos, la prudencia reemplaza á la tenacidad, la discreción á la locura, y la buena fé á la maledicencia, entónces el periodismo puede reclamar con justicia el aprecio y estimación de los pueblos, entónces constituye un verdadero género literario, con su índole, carácter y condiciones propias, y autorizado para pedir la estimación que se ha ido concediendo sucesivamente á esa multitud de creaciones especiales que, aunque desconocidas por la antigüedad clásica, han añadido riquezas y han esparcido torrentes de calor y luz á la generación moderna. Cuando el periodismo es el único intermediario entre el que gobierna y el que obedece, cuando su misión es procurar la paz y su figura es la del juez árbitro, y amigable componedor en las diferencias de unos hombres con otros, no cabe duda que por sí solo constituye un elemento nuevo, una rama de educación y un verdadero magisterio.

Contemplado bajo el punto de vista de la Crítica, de las especialísimas condiciones de esta magistratura suprema de la república literaria, es cuando la misión del periodismo se hace más delicada, y su desenvolvimiento más árduo y espinoso. El periodismo debe enseñar, debe ser un centinela avanzado en defensa del arte, el primer mantenedor de sus fueros y su más rápido protector. Su laboratorio no tiene espacio, no tiene caja de reactivos, no tiene tiempo para el análisis, ni para confirmar con la síntesis: no le es dable manejar el diapason para averiguar la tonalidad ni la sonda para medir las profundidades del mar, ni el termómetro para observar los grados del calor, cual sucede al químico, al músico, al marino y al físico. A veces en dos horas, en una hora, en minutos tiene que levantar un juicio, y no puede por consiguiente manejar otros elementos que los que le facilite un conocimiento profundo de la ciencia, un buen gusto á toda prueba, y un verdadero sentimiento artístico. Organó imparcial de la opinión lleva un delicado encargo, pues saber interpretarla, traducirla tal cual es, señalar su índole, determinar de donde viene y á donde vá, es sin duda alguna obra que requiere meditación, que necesita tiempo, y todo lo que debe preceder á un juicio para que sea acertado, y para que sólo se inspire en los sentimientos de verdad y de justicia.

Los adelantos de esa lógica de la razón debe conocerlos todo el que se dedica á hablar en un momento dado á la muchedumbre. La Crítica más sana es la que debe usar el periodismo, y él por sí mismo ha de ser un verdadero monumento. El periodismo, obedeciendo los mandatos de la Crítica, constituye un hecho reflexivo, una obra de arte, una alta producción del ingenio; y debe ser considerado como una producción literaria, y de una literatura viva, espontánea, agitadora, que como dice un moderno escritor, está infiltrada en nuestra sociedad hasta la médula de los huesos. Cuando el periodismo mira con veneración las reglas del arte y las sigue, recibe de la filosofía y de la observación su perceptiva, se penetra en los actos del Crítico, se deja guiar por los buenos principios, por el entendimiento y por

la contemplacion, estudio y comparacion de los modelos, entón-ces puede entrar como las demás obras del ingenio humano en los grandes modelos que concibe el espíritu y señala el compás de la razon.

No podrá decirse que existe compilado el código de las leyes á las que debe ajustarse el que escribe para causar efecto en determinados instantes; no hay un cuerpo legal al que pueda concretarse como podria hacerse con el Código penal, y el de comercio; pero el entendimiento concibe los cánones que deben regirlo: la observacion puede ya reseñarlos y la ciencia los irá recogiendo. Los que se han dedicado á la carrera del periodismo, y han llevado á esa nueva forma literaria todo el talento, toda la fantasia y toda la sensibilidad de su espíritu; los que con profunda meditacion han estudiado la vida de los pueblos, las exigencias de los siglos, las instituciones sociales, y los sentimientos de la humanidad, y han definido el propósito de la prensa, conocen los instrumentos de que ella se vale para persuadir y convencer; los que han reflexionado sobre su modo de accion y el resultado que producen; esos conocen perfectamente el código del buen gusto, el modo de producir la emocion estética, y sin vacilaciones de ningun género saben lo que el arte ordena y lo que el arte prohíbe. Brongham, Russell, Chateaubriand, Laménais, Thiers, Lamartine, Guizot, Olózaga, Sagasta, Castelar, han probado sus armas en esa contienda y han contribuido eficazmente á la creacion de ese género especial de literatura militante y febril que conmueve y afecta más que ningun otro. Los escritos de estos ingenios, nos demuestran que han conocido perfectamente los cánones del buen gusto, los preceptos de la crítica y el imperio del arte. Ellos han dado vida eterna al periodismo y nos han enseñado á amarlo, respetarlo y considerarlo como de poderosa influencia en los destinos de la sociedad humana.

Ahora bien, el periodismo tiene un modo de ser particular. Espontáneo, ardiente y agitador, inspira un interés superior á todo linaje de intereses; deslumbra como el relámpago y aturde

como el rayo; domina nuestras pasiones con extraordinario imperio, hace suyos nuestros corazones, nuestro ánimo, y en pos de él se dirigen nuestras esperanzas. Pero esta inmensa revolucion, que semejante elemento de combate produce, ¿qué tiempo dura? Veinte y cuatro horas á lo más. De manera que sus triunfos son fugaces y pasajeros como lo son las circunstancias que lo mueven, como los accidentes de la vida á que responde. En un momento de agitacion, en los precisos instantes de una convulsion política, de un cambio dinástico, el periódico es el monumento literario más gigantesco: es bello, es sublime, es maravilloso, y ejerce un poderoso dominio sobre todas nuestras facultades. Pero esa misma hoja que por la mañana nos fascina y nos encanta, no tiene por la tarde otra aplicacion que un medio para encender un tabaco, ó un papel para envolver golosinas. Es verdad que el ilustre Beccaria, honra y prez de la filantropía universal, logró por el periodismo abolir la pena de muerte; pero Beccaria daba á la prensa una índole distinta de la que le corresponde; la obra de Beccaria era un gran poema, que cada día presentaba uno de sus más brillantes cuadros, y no respondía á sentimientos desarrollados en un solo instante, ni á un accidente político y social, sino á una idea muy grande y trascendental, á un problema que no estaba resuelto, á una lucha del hombre con la sociedad, á unos derechos que esta se habia abrogado sin pertenecerles. Beccaria hablaba á la humanidad entera, y cada día por medio del periodismo traía á la faz del mundo una nueva prueba, de que sólo la correccion del culpable y su reforma y enmienda, era lo único que resolvía á la luz de la razon y de la conciencia humana el verdadero problema penal.

Cuando los motivos que sirvieron para escribir un artículo pasan, cesa de un todo el mérito de la produccion literaria. Nadie lee un artículo de periódico pasados los momentos para los cuales se escribió. Bajo el punto de vista literario jamás hemos visto coleccion de artículos de periódicos; pues careciendo del interés y belleza de un momento dado, no tienen importancia ni significacion alguna.

El periodismo no puede jamás igualarse con las concepciones eternas de la imaginacion y del génio. Jamás destronará la oda, el himno, la cancion, la elegia, la tragedia, el poema épico, ni podrá con la novela compartir la dominacion del mundo literario. En el festin del arte literario podria sentarse un momento dado, y ocupar el más elevado puesto; pero á la segunda conferencia, los otros géneros continúan en su grandeza y esplendor y el periodismo desaparece. El *Paraiso perdido* de Milton, la *Iliada* de Homero, la *Eneida* de Virgilio, la *Ferusalen libertada* del Tasso, la oda *A la imprenta* de Manuel José Quintana, el *Dos de Mayo* de Junn Nicasio Gallego, las elegias de Ovidio, cautivan y embellecen hace muchos años á todos los amantes de lo bello, y sèguirán cautivando y embelesando miéntras nuestro corazon tenga un latido, y miéntras nuestra fantasía se eleve á la region de lo ideal y de lo sublime. Desenterrad los admirables artículos de Chateaubriand y de Thiers, los de Olózaga y de Lamartine, y veréis que nadie los lee, y que no producen impresion de ninguna especie en nuestro espíritu. Los primeros tienen la belleza del Sol, que como fuente de calor y luz hace girar en torno snyo á los demás planetas en regulares y armónicos movimientos. Los segundos tienen la belleza de fuegos artificiales, que cuando brillan nos llenan de regocijo y de grata ilusion dejando despues pavesas y cenizas en la más profunda oscuridad.



CAPITULO VII.

El público como elemento de la producción literaria.—Influencia que ejerce.—Público contemporáneo y público futuro.—El artista debe atender á uno y á otro, y tenerlos muy presentes en la formación de su obra.—Público culto, *dilettanti* é inculto.—Opinion de Revilla sobre la materia.

En el desarrollo del arte literario, y en el desenvolvimiento del espíritu humano hay tres cosas, ó sea tres elementos que son los que intervienen en el mérito de la producción: el artista, la obra y el público. Los tres son indispensables, y para que la belleza se desarrolle y cumpla su elevado propósito, es preciso que esos factores cumplan perfectamente su desempeño. Si se estudia la obra, y el Crítico olvida al artista, formará un mal juicio, porque desconociendo el poder del genio y la imaginación, puramente subjetivos, no puede formar un concepto cabal de la producción. Si olvida la obra, y se fija sólo en el artista, incurrirá en frecuentes errores, pues la objetividad de la belleza desaparecerá para él, no encontrará la armonía y la melodía, la unidad y la variedad, la relación entre el todo y sus partes, y no puede por consiguiente ser provechosa la Crítica. Si olvida al público, tampoco puede ser exacto, pues desconociendo el medio social en que el espíritu del artista se desenvuelve, no es posible que alcance á comprender los méritos ó defectos de una obra.—Por manera que los tres elementos son útiles, los tres deben ocu-

par nuestra atencion; y nunca con más razon que cuando en un ramo de educacion tan importante como la Crítica, nos empeñamos en extender el imperio del arte, en instruir y educar, y en probar que la transformacion del mundo que inició la industria para las necesidades materiales, la continuó el arte para las espirituales.

Si es un precepto de la Crítica estudiar siempre la esfera de accion del artista, la atmósfera donde desenvuelve sus facultades, y la situacion social que lo inspira y le hacen producir imágenes y bellezas, forzoso será convenir en que esa sociedad, ese medio universal, varía constantemente segun los tiempos y lugares.— Por ejemplo: Lo que se escribe para los romanos, no es lo mismo que para los griegos; lo que se manifiesta en épocas de revoluciones, no es lo mismo que lo que aparece en medio de la paz; lo que se expone á un pueblo ignorante, no es lo mismo que lo que se dice en una academia. La oratoria sagrada, la parlamentaria, la forense y la académica tienen un organismo diferente por motivos del público á que se dirijen. Un público amante de la comedia no lo es de la tragedia; Roma fué de esto un vivo ejemplo. Un público amante de la ópera no es el mismo que ama la cancion: Unos hombres son indiferentes al poema épico, al didáctico, y se entusiasman con el *Dos de Mayo* de Nicasio Gallego, con la oda *A la Imprenta* de Quintana y con las odas de Horacio.

Hay más. El público tiene condiciones, si no para hacer al poeta, al ménos para modificar su imaginacion y sus sentimientos. Mucho hace el aplauso, y mucho la simpatía que se despierta por las ideas, los afectos y los pensamientos de un autor dramático. Dígalo si no don José Echegaray, que al público madrileño debe algunas de sus más brillantes producciones trágicas.—En Madrid, el que escribe una pieza que ha de representarse en el *Teatro infantil* de la calle de Carretas, es incapaz de llevar una produccion al *Teatro español*. En Paris, el que escribe para el *Teatro chino* del Boulevard Voltaire, ó para un *Café concert*, no es el que se atreve á presentar una obra dramática

para el repertorio de *Variedades*, y mucho ménos para el de la *Ópera*. En New-York, sería ignominiosamente silbada en *Wallack* la obra que en *Fox theatre* arrancaría estrepitosos aplausos.

El público hizo que en Roma y en tiempo del imperio, la comedia degenerara hasta convertirse en una escuela de corrupcion y escándalo, que se atrajo con justicia las condenaciones de los más ilustrados Padres de la Iglesia. Que en la Edad-Media el teatro adoptase un carácter puramente religioso; que en la época del Renacimiento le sucedan las formas artísticas y sea el teatro el verdadero cuadro doméstico; que en Francia la comedia se encierre en formas clásicos tradicionales; que en Italia revista las formas bufas de Arlequin, Pierrot y Polichinela, y que en España adopte una forma erudito-popular.

El público, que como elemento literario podríamos definirlo con Revilla "el conjunto de individuos ante quienes el artista produce su obra y que inmediatamente han de conocerla y juzgarla," es sin duda alguna no un ser pasivo, sino verdaderamente activo, y el punto de mira al que debe dirigir sus propósitos todo artista que quiera progresar, y causar la emocion esthética. Y tan importante es el público al artista, que él y no otro desempeña el papel del Crítico, y con ese destino el más importante en el arte literario. La influencia del público es decisiva; su juicio es inapelable; y es el que está llamado con sus aplausos ó con sus silbas á señalar el puesto que corresponde al poeta, y todo el valor y estimacion de su obra.

En el público se observa mucho de lo que dijimos al hablar del periodismo. Su juicio depende de circunstancias del momento, de determinados instantes, y de la idea que domine el espíritu de la muchedumbre. El que alcanzó los aplausos de un público del siglo XII, no podría conseguirlos en tiempo de Juan II de Castilla, ó de Felipe IV de Austria. Las comedias que á la terminacion del siglo XV escribieron Lope de Vega, Mira de Amescua, Vélez de Gueyara y Gaspar de Aguilar, y arrancaron prodigiosos aplausos, hoy se representarían con entera indiferencia del público: lo mismo sucedería con las que escribió Montal-

van en 1630, Tirso de Molina en 1645, Alarcon en 1628, Rojas en 1640, y Moreto en 1642. De aquí nace que hay un público que bien pudiera llamarse contemporáneo, que es el que al artista impone sus gustos, sus aficiones y sus ideales; y hay otro que puede llamarse futuro, al que es más difícil contentar, y el que más exigente pocas veces levanta monumentos á las obras del arte. Estos dos públicos suelen tener opiniones opuestas: el público contemporáneo silbó la *Africana* de Meyerbeer, y el futuro le ha prodigado admirables alabanzas.

El artista que posee una imaginación estética poderosa y fecunda, con todos los elementos que le suministra la memoria representativa y el talento de ejecución, que posee las facultades morales é intelectuales necesarias para elevar el arte á las regiones que lindan con lo espiritual y lo sublime; debe buscar para su obra una existencia duradera, y crearla no sólo para la sociedad en que vive sino para la posteridad, para todos los hombres, y para alcanzar esa aspiración tan grande y tan noble que existe en nuestra alma y que constituye el amor á la inmortalidad. El artista debe procurar inspirarse en las circunstancias y situaciones del presente, tener en cuenta las del pasado, que por las tradiciones se revelan, y las del porvenir. Así podrá lograr el laureo y la inmortalidad que acompaña á todo lo que es verdaderamente humano y universal.

El artista debe tener gran cuidado con el público, y apartarse de sus influencias y preocupaciones, no erigiendo en criterio el gusto efímero y variable de este, sino los principios eternos é inmutables de lo bello. No debe tampoco prescindir de los fallos de la opinión, sino tenerlos en cuenta, examinar lo que en ellos hay de legítimo y razonable, y tratar de complacer esta opinión moderándola é inclinándola al bien, á la verdad, y á sentir intensamente amor por la belleza artística. Esta consideración le permitirá distinguir al público culto, del *dilettanti* y del inculto. Al primero respetarlo, mostrándose siempre intérprete fiel de las reglas del arte; al segundo halagarlo con la emoción que lo verdaderamente bello produce en su sensibilidad, aten-

diendo más á la emoci3n que á la preceptiva; al tercero distra-yéndolo con lo cómico, con afectos tiernos y sencillos y con retratos vivísimos de los mismos hechos y personájes con quienes constantemente se rozan. La historia del arte literario, y sobre todo ee nuestra poesía dramática, ofrecen ejemplos de artistas que se han dejado doblegar al gusto y exigencias del público inculto, por ser este el más número3o, el que produce al autor mayor remuneracion, y el que desconociendo las reglas del arte busca solamente la emoci3n, los afectos tiernos, los rasgos extraordinarios, y los de verdadero carácter estético. Censurable ha sido esto que pudiéramos llamar una debilidad, pero como nos referimos á Lope de Vega, verdadero creador de la poesía popular, y con ella del teatro nacional, fuerza es tolerar al que por su fecundidad, su talento y su ingenio dió nombre á su siglo y mereció el epíteto de "Fénix de los ingenios." Sin embargo, el artista no debe constituir este hecho en regla fija, pues ese público produciría fallos injustos, prefiriendo siempre los sentimientos por la viveza de sus colores, y no por su influencia en la educacion de los pueblos; ese público, prefiriendo los sentimientos de ódio, de ternura, de venganza, de traicion, á los del amor, la caridad, la honradez, la prudencia y la reflexion, sería injusto en su fallo cuando tuviera que juzgar una produccion que vale tanto como *La vida es sueño* de Calderon ó la *O locura ó santidad* de Echegaray.

La opinion del público culto, de los hombres ilustrados, es la que al poeta ó al artista pueden servir de guia. Ese conjunto de individuos organizan una crítica severa, cuyos fallos son siempre respetados, y de quien siempre se esperan juicios inequívocos y de gran acierto. Muchos autores dramáticos han presentado sus producciones al juicio de críticos eminentes, y hemos oido á estos suspender conceptos hasta tanto que la obra no se haya representando: la opinion del público ha sido en este caso un elemento indispensable para constituirse el juicio. El inolvidable Julian Romea, honor y gloria como actor del teatro español moderno, tenía del público madrileño un conocimiento admirable,

llegando hasta el extremo de señalar semanas para Moreto, para Lope de Vega, para Alarcon, para Tirso de Molina, para Breton, para Larra y para Calderon. Perfectamente conocia el gusto del público culto, y adivinaba, por decirlo así, al anunciarse una comedia, los que habian de venir á gozar con su representacion.

Es digno de transcribirse lo que sobre la materia dice Revilla en la página 195 de su obra sobre "Principios generales de literatura." Así se expresa este eminente escritor y profundo maestro: "La influencia que el público contemporáneo ejerce en "la literatura es extraordinaria. Esta influencia es de dos géneros, "pues se ejerce sobre cada autor en particular y sobre la marcha "general del arte literario. El público, al aprobar ó desaprobado las "obras literarias, modifica no pocas veces el juicio y tendencias "del autor, suele imponerle determinadas direcciones, le hace "amoldarse á sus gustos, y, si en ocasiones lo corrompe y extra- "via, en otras lo mejora. Es cierto que el artista influye á su "vez en el público y logra imponérsele, cambiando sus aficiones "y gustos, pero esta influencia está contrapesada con la que aca- "bamos de exponer."

"Crea además el público verdaderas corrientes en la vida "general del Arte literario, y unas veces dirigido por los inge- "nios, otras por su propio impulso, lleva á cabo revoluciones im- "portantes. La creacion de nuestro teatro nacional en el siglo "XVI, contra las tendencias de la poesía erudita, el movimiento "romántico del presente siglo y otros hechos semejantes, son "obra espontánea del instinto popular, sin duda coadyuvados "por génius eminentes, y prueba terminante de la verdad de es- "tas afirmaciones. Estos movimientos suelen ser provechosos ó "funestos, pues á veces el público corrompe ó pervierte el gusto "literario, sobre todo si encuentra en los artistas, no directores "ilustrados, sino cortesanos complacientes."

CAPITULO VIII.

La Crítica por mucho tiempo ha sido estéril y verdaderamente infecunda.—Ejemplos de juicios erróneos producidos por buenos escritores.—La edad moderna ofrece brillantes modelos que prueban todo el progreso de la Crítica y cómo se dirige á realizar su mision educadora.

Necesitando la Crítica para cumplir debidamente su cometido, los requisitos de ciencia, sentimiento artístico, buen gusto é imparcialidad, ó como dicen otros, ciencia y conciencia, y debiéndose ajustar á los principios y á las verdades que sólo por el entendimiento se adquieren, fuerza es confesar que su propósito es tan elevado y distinguido como difícil y árduo. No se encuentran con facilidad buenos Críticos: la humanidad lo lamenta, y las generaciones se suceden saliendo á cada paso triunfante el error, sin que haya un verdadero magisterio, un código maravilloso que nos señale el camino de la luz, y nos defienda de las tinieblas. Sin embargo, la historia de la humanidad y sus progresos ofrecen materia para siglos de meditacion, y sus páginas son un consumado científico de filclogía, filosofía verdadera, psicología profunda, con hechos para comparar, con sabios maestros del bien, del deber y de la virtud. Pero como aisladamente la ciencia no es bastante, como los portentosos monumentos de la Historia no son suficientes para moralizar nuestro espíritu, é in-

clinarlo al amor á Dios, amor á nosotros mismos y amor á la humanidad entera, tenemos que esa predilecta rama de la enseñanza, esa lógica moderna, como llama á la Crítica un sabio pensador francés, no se realiza, y aún dista mucho de colocarse á la altura de su ilustre gerarquía. La Crítica necesita poderosamente, como ya hemos dicho, de la razon y la fé; necesita del movimiento, y de esa actividad del pensamiento que constantemente produce tan provechosos resultados. Los pueébls tienen sus convulsiones, tienen sus momentos de paz y de sosiego, y muchas veces la sangre derramada construye preciosos templos, y la desgracia teje primorosas coronas. Cuando un pueblo tiene sed de progreso, cuando las muchedumbres sociales y políticas que le rodean no le satisfacen, cuando la realidad le atormenta, y quiere vivir y desenvolverse en mundos de superior esfera, si ese pueblo tiene fé se refugia en la region sublime del pensamiento y entónces su esperanza encuentra la luz. La Filosofía pasó por Oriente y no pudo levantar el espíritu: ella era mensagera de la felicidad humana y en Oriente luchó con la inmoralidad y con las tradiciones. La Filosofía pasó por Grecia, y desarrolló el ardor, el afan, el mayor anhelo por una vida nueva, y fué un incentivo que aquel pueblo llevó para esplayarse en el seno inmenso de la ciencia.

Donde la razon no domina, donde no existe la fé científica, donde no existe la ilusion, la seguridad plena y perfecta de llegar al puerto de salvacion, no es posible que tenga vida la educacion artística, y el génio se oscurece y la inspiracion se vé sofocada, y la imaginacion se marchita y el espíritu se afligé y anonada. Cuando no hay fé ni creencias, cuando el corazon está corrompido y gastado, cuando la inteligencia se esteriliza, sucede que el hombre adora hoy lo que ayer quemaba, y quema mañana lo que hoy adora: la politica la convierte en un arte de logrereros, la religion en una máscara hipócrita, y la ciencia en la diatriba y en las más torpes arterías. En ese caso no hay entendimiento, no hay razon, no hay lógica, y la Crítica tiene que ser estéril y verdaderamente infecunda. A un lado las pasiones,

á un lado la emulacion y la envidia, y cuando la justicia se en-
tronice como la moral sublime, habrá la imparcialidad, la tem-
perancia, la discrecion y todas las virtudes que deben descollar
en tan suprema magistratura.

Lope de Vega, verdadero creador del Teatro Español, se alimentaba de las tradiciones del pueblo á quien dirigía su voz; abrigaba los sentimientos que al pueblo podian sojuzgar; su ín-
dole generosa y altiva independencía, le hacian ver con entero desprecio cuanto no estaba conforme con sus recuerdos heróicos, cuanto no reflejaba las inauditas hazañas á que daba diariamen-
te cumplido término y remate. Lope de Vega, para crear el Teatro Español, fué al hogar doméstico, penetró en sus secretos, y llevó á las tablas las escenas sencillas y los sentimientos del vulgo. Ese pueblo que tenía un pasado lleno de gloria y esplendor, un pasado en que podían contarse los soles por las victorias, y en el que Dios y la patria formaban su dogma político y religioso, necesitaba una poesía que profundamente reflejase estos sentimientos, unos cuadros donde admirablemente se viera la verdad. Sin embargo, el inmortal Cervántes, ese ingenio asombro de todo el universo, llamaba á Lope "mónstruo de la naturaleza." Cervántes no tenía presente el medio social en que el espíritu de Lope se desarrollaba, no conocia la doctrina y el instinto del arte, carecia por consiguiente de los principios, y no podia en este caso ofrecer un modelo de buena Crítica. Sus palabras, á la luz de las teorías que hemos sostenido, se apartan de la elevada misión de la Crítica, y demuestran que léjos de ejercer en los siglos XVI y XVII una influencia verdaderamente educadora, han sido estériles é infecundas. El autor de la inmortal epopeya del héroe de la Mancha, refiriéndose á Lope de Vega dice: "Estas comedias que ahora se usan así imaginadas como históricas, todas ó las más son conocidos disparates y cosas que no llevan piés ni cabeza. Y con todo eso el vulgo las oye con gusto, y las tiene y las aprueba por buenas, estando tan léjos de serlo; y los autores que las componen, y los actores que las representan, dicen que así han de ser, porpue así las quiere

“el vulgo, y no de otra manera; y las que llevan traza, y siguen
 “la fábula, como el arte pide, no sirven sino para cuatro discre-
 “tos que las entienden, y todos los demás se quedan ayunos de
 “entender su artificio; y que á ellos les está mejor ganar de co-
 “mer con los muchos que no opinar con los pocos.”

Este juicio crítico pruebe hasta la evidencia, que al rechazar Cervántes la influencia del vulgo perdía de vista, que si todas las obras del arte pueden vivir exentas de cierta manera de la inter-
 vencion del pueblo, no sucede lo mismo al teatro, verdadera es-
 cuela de costumbres, donde los sentimientos se encarnan, donde
 la realidad los presenta y en donde el pueblo tiene un voto, no
 dirémos respetable, sino decisivo y supremo.

Don Francisco de Quevedo Villegas, de maravilloso inge-
 nio, tan templado, que al decir de Capmany es grave en las ve-
 ras, y lleno de chistes y donaire en los asuntos burlescos y joco-
 sos; como dice Quintana, distinguido siempre por sus versos lle-
 nos y sonoros, y por la robustez, vigor y viveza de sus colores,
 y como manifiestan los preceptistas, de valiosa dote, de mérito
 insigne como profundo intencionado, y agudo escritor, que com-
 pitiendo con los más grandes cultivadores de la sátira, supo
 hermanar el festivo donaire con la profundidad filosófica, escu-
 driña los más recónditos secretos del corazón humano, para po-
 ner de relieve sus flaquezas, pintar con vivos colores los vicios
 sociales, y mezclar con la amargura de la sátira las más altas en-
 señanzas de la moral; este poeta mereció que D. Juan Perez de
 Montalvan, fiel imitador de Lope, primogénito y heredero de su
 ingenio al escribir el *Tribunal de la justa venganza*, él ó sus ami-
 gos, concluyese la fábula con un epitafio preparado por los Jue-
 ces, y concebido en estos términos: “Aquí yace don Francisco de
 “Quevedo, mal poeta y peor prosista, lisonjero temporal, bufó-
 “nador perpétuo, símbolo de la ingratitud y de la iniquidad, va-
 “no presumidor de ciencias, ignorándolas todas, graduado en tor-
 “pes y deshonestos vicios, catedrático de la sensualidad; cuya
 “mordaz y satírica lengua dijo y escribió mal de todos y de to-
 “do sin exceptuar lo divino y lo humano. Oh, tú, que miras su

“infame sepulcro, huye de él y ruégale á Dios que le dé el castigo que merecen sus palabras, obras y escritos.”

El siglo XVII habia sustituido con el panegírico la sátira. Tras de tantas batallas habian de venir los exajerados aplausos, y canonizarse y levantarse monumentos hasta á los sentimientos é ideas más sencillas y triviales. Don José Pellicer de Ozzan, dotado de universal erudicion, acometió la empresa de santificar los errores del poeta cordobés, llamándolo á Góngora “príncipe de los poetas líricos.” Don Garcia Salcedo tambien hizo grandes y exagerados encomios del *Polifemo* de Góngora. Los trabajos de Pellicer y de Salcedo se reducian á encontrar bellezas por todas partes, y á calificar como modelos toda composicion literaria de que se ocupaban. En cada estrofa, en cada verso, existia para tan especial exámen un foco inagotable de belleza. Su crítica estaba reducida al estrecho círculo de un ciego panegírico. Para ellos no habia más arte que la que se desenvolvía por la obra que tenian á la vista; no habia más arte que la de la literatura de su época, ni más belleza que la belleza culterana. Estos escritores, á la falta de imparcialidad y de verdadero sentimiento artístico, agregan el de las teorías generales del arte literario, amenudo incurren en lastimosas contradicciones invocando en defensa de los errores y extravios que con tanto calor apadrinan, los mismos principios clásicos proclamados por el Brocense y por Herrera, las mismas leyes del buen gusto reconocidas y acatadas por los mejores escritores de todas las naciones. No ménos inexacto por otro concepto fué don Francisco Cascales que al hablar del *Polifemo* y de las *Soledades* de Góngora decia: — “Estas nuevas y nunca vistas poesías eran hijas del Mongibelo; “que arrojaban y vomitaban más humo que luz, y que su autor, “de príncipe de la luz se habia hecho príncipe de las tinieblas.” Baltasar Gracian, ingenio privilegiado, cuyas brillantes dotes eran de todos conocidas, se empeñó en formar una crítica del arte y sus preceptos, pero con bases erróneas y por consiguiente de un todo infecundas para el desenvolvimiento de la poesía y de la literatura. Para Gracian, la agudeza era la única fuente, el úni-

co medio, la única guía y término del arte; la agudeza era en su concepto parto del alma, y la sutileza alimento del espíritu. El entendimiento sin agudeza ni conceptos, era un sol sin luz y sin rayos; las obras del ingenio eran cuerpos vivos, con almas conceptuosas: sin ellas, sólo cadáveres que yacían en sepulcros de polvo, comidos de la polilla." Cuanto acabamos de indicar, prueba evidentemente que hasta el siglo XVII, el quebranto de todas las leyes del buen gusto y la absoluta ignorancia del imperio de la razón, impidieron á la Crítica ejercer su saludable y vivificante influencia..

Mr. Renan escribe una obra sobre la vida de Jesus: se inspira en la escuela de los sofistas que desde tiempo atrás tenían arrojado el guante al sentido comun, y que verdaderamente era un entretenimiento, una tarea de mercenarios que abogaban por todas las causas, y queriendo hasta negar la razón humana concluyen por admitir el ateísmo. Mr. A. Gratry en 1865, hace un juicio crítico de esa obra, y el trabajo del profesor de Teología de la Sorbona no produce resultado alguno favorable, ni puede con mucho ejercer influencia alguna educadora. Enhorabuena que colocando las doctrinas de Renan frente á frente con la razón, con el organismo del pensamiento humano, con la naturaleza de las cosas, trate de probar que Renan está en el error, y que su obra retrata su falta de fé, de creencias, de sólidos principios, y que vive en constante divorcio con las verdades que el criterio nos enseña por sus excelentes métodos. Pero si en Renan hay inventiva, si hay arranques geniales, hay imaginación viva y pintoresca, expresión llena de calor y de vida, que admiran y sorprenden, y en suma, si en su obra hay un tesoro inagotable de bellezas, Gratry no debe silenciarlas, por el encono que le producen sus sofisticas concepciones.

Mr. Renan hace una descripción de Galilea tan dulce, tan pintoresca, tan sencilla que arranca el aplauso de todo el que se siente inclinado á lo bello, y ame intensamente las producciones del arte. Dice Renan: "Ese lindo país en la época de Jesus nataba en el bienestar y la alegría. Esa naturaleza embelesado-

“ra, esa vida contenta y fácilmente satisfecha daba á todos los desvarios de la Galilea un giro idílico y encantador. Toda la “historia del cristianismo naciente llegó á ser de ese modo una “deliciosa pastoral.” No es posible negar la viveza y las bellas formas de esta descripcion. Sin embargo, el Profesor de la Sorbona de Paris dice:—“¿No veis en esa descripcion las plumas de “todos colores de que habla Horacio? Comprended, pues, que “este autor trabaja sin objeto alguno á la vista; ni tiene modelo “ideal ni tampoco modelo de carne y huesos. Su libro no tiene “ni cuerpo ni alma; evidentemente no es más que una máscara. “Compadezco á los que lo han encontrado bello.”

En otro lugar y tratando de aquel episodio que se simboliza en las palabras “Dad al César lo que es del César y á Dios lo que es de Dios,” dice Renan: “Sentar como principio que el signo para reconocer el poder legítimo es mirar la moneda, proclamar que el hombre perfecto haga el impuesto por desden y sin discutir, era destruir la república á la manera antigua y favorecer todas las tiranías.” Un juicio crítico sobre este particular, debió haberse concretado, no como lo hizo Gratry, en demostrar que en Renan nunca una asercion es más verdadera que la asercion contraria, sino á demostrar que esas palabras “Dad al César lo que es del César y á Dios lo que es de Dios” son de verdadero espiritu divino y de portentosa exactitud, que han fundado la separacion de lo espiritual y lo temporal, y que han decidido brillantemente el grandioso porvenir del cristianismo.—Gratry no es el verdadero Crítico que señala el defecto, que proclama la belleza, y que enseña y deja despues de sus esfuerzos sabias y provechosas lecciones. La virulencia, la intolerancia, la falta de respeto no pueden en manera alguna formar feliz consorcio con un trabajo tan útil y provechoso como el del Crítico.

Prescindamos de los juicios críticos desacertados que hasta ahora hemos presentado, y tratemos de trabajos que justifiquen nuestras teorías; juicios en los que la ciencia compite con la conciencia, el buen gusto con la imparcialidad, la buena teoría con el sentimiento artístico. Veamos á un escritor moderno, á un

hombre que admirablemente maneja la lengua de Cervántes, y de imaginacion tan fecunda como viva y pintoresca. Observe-mos cómo don Francisco Giner, hace un juicio crítico de *Lo Absoluto* de don Ramon Campoamor, y oportunidad tendremos para admirar la discrecion, el bellísimo estilo, la imparcialidad y las brillantes concepciones del que puede llamarse un crítico verdadero. Dice Giner: "En *Lo Absoluto* ostenta Campoamor la índole de su pensamiento científico, y su fantasía é invencion poética. Y si no se estudia con relacion á estas segundas cualidades, que son, á nuestro entender, las que sobresalen siempre en quien con sus poesías líricas ha conquistado uno de los más altos nombres de nuestro moderno Parnaso se encuentra en sus páginas una genialidad tan propia y personal, una imaginacion tan viva y un gusto tan delicado, que poco hallará que reprender la más severa crítica." Más adelante dice Giner: "Si se compara esta obra con lo que el concepto propio y riguroso de la filosofía exige, y con las condiciones y necesidades históricas á que debe responder ya un sistema metafísico, apenas hallaremos que celebrar.—No espere el lector fatigado del dogmatismo, que tan extraordinariamente representa Hegel, encontrar allí una doctrina circunspecta y prudente, verdaderamente científica, que haya de fantasear imaginarias construcciones sobre supuestos arbitrarios, que nada aventure sin razon, que marche paso á paso hasta panerlo en camino derecho de conocimiento y de certeza. El método, la prueba, la precision, la disciplina, son antipáticas al ilustre poeta. Su procedimiento no es racional; es una intuicion esthética."

Si todavía queremos presentar modelos acabados, no tenemos más que examinar aunque sea ligeramente los "Estudios críticos sobre literatura, política y costumbres de nuestros días" de don Juan Valera, dados á la estampa en 1864. Valera, estudiando las doctrinas de Donoso Cortés sobre el catolicismo: el liberalismo y el socialismo considerados en sus principios fundamentales; haciendo consideraciones sobre el progreso con relacion á la doctrina cristiana, tratando del romanticismo en Espa-

ña; impugnando la Memoria que en la Academia española presentó don Cándido Nocedal sobre la naturaleza y carácter de la novela; y sobre las obras poéticas de Campoamor; en todos estos trabajos ostenta un estilo bellissimo, un buen gusto admirable, un sentimiento puro y espontáneo de amor y veneracion por el arte, una erudicion asombrosa, y rinde debido tributo á esas diosas inmortales que se llaman Verdad y Justicia. Juan Valera estudia el arte en el siglo XIX, y verdaderamente encanta; Juan Valera señala con mano maestra los veneros que el arte tiene para desenvolverse y los obstáculos que interrumpen su marcha; demuestra que la poesia lírica y la música son las artes predilectas de la edad presente, y nos hace en testimonio mencion de Goethe y Schiller en Alemania, Byron, Moore y Woodsworth en Inglaterra; Lamartine, Víctor Hugo, Musset y Beranger en Francia; Manzoni, Leopardi y Foscolo en Italia; Espronceda, Quintana y Zorrilla en España. Juan Valera hace un juicio crítico de los cuentos y fábulas de Hartzenbusch, con prodigiosa facilidad, señalándonos siempre la gracia y naturalidad con que están narrados, la candidez y frescura del estilo y la intencion moral ó filosófica que en cada uno de ellos sabe el autor ocultar discretamente; y despues de tratar materias tan importantes como la moralidad en el teatro, la proteccion de los gobiernos á la Literatura dramática, la enseñanza de la filosofía en las Universidades, se ocupa de los *Miserables*.

Juan Valera, con aquella imparcialidad y buen juicio que tanto le caracteriza, dice que las ideas morales y religiosas de los *Miserables* son buenas: que en Víctor Hugo el estilo es de un encanto extraordinario, que presta mágia á los asuntos de que trata, y que nunca fueron estos asuntos, que agitan hoy profundamente todos los espíritus, tratados tan bien en libros de entretenimiento: que en los *Miserables* no hay una sola palabra ni un solo pensamiento por donde Víctor Huzgo pueda ser acusado de panteista, pues los dos héroes más importantes de la novela son dos figuras cristianas: un santo prelado lleno de caridad y resplandeciente de otras virtudes evangélicas, y un pecador arre-

pentido y penitente, que hace sobrehumanos y maravillosos esfuerzos para limpiar su alma de la mancha del pecado; que Juan Valgean es un retrato hecho magistralmente de la lucha del hombre con la sociedad: Juan Valera lleno de justicia é inspirándose en la verdad señala también defectos, y defectos graves, en la obra de Víctor Hugo. Dice que Fantina es extravagante, y su vida y peripecias prueban un mal gusto, que en Víctor Hugo es aceptable sólo por el prodigioso talento con que concibe y traza sus episodios; que Juan Valgean es un mito, una alegoría, no es un individuo, no tiene alma, y que es un ser que no tiene carácter real alguno; que Juan Valgean no es más que el alma humana y el espectáculo tremendo de sus combates místicos con encontradas y violentas pasiones; que Javert es un símbolo más bien que un personaje, y que no es más que la figura de la virtud conservadora de la sociedad presente y el deber social puestos en caricaturas; que esa "Tempestad bajo un cráneo," habla muy mal del sistema penal francés, pues parece que la completa enmienda y el sacrificio por el bienestar general no influyen en la enmienda del culpable, y en la reparación del orden jurídico perturbado; que no existe quizás quien compita con Víctor Hugo en retratar un personaje que tanto se grave en la memoria y que produzca tan profunda impresión en el espíritu; pero que no hay tampoco quien más se aparte de la realidad y quien crea situaciones más falsas ni más inverosímiles. Juan Valera, en fin, trata la invención y la disposición de la fábula con delicado criterio, y tiene especial cuidado en entresacar los tesoros de belleza del poeta francés, sin dejar de determinar con brillante lógica sus defectos y lunares.

La más severa crítica no podría tildar los conceptos que este eminente escritor emite, ni podría indicar una sola palabra, una sola oportunidad donde no proceda con selecta imparcialidad, con luminoso criterio, y con una fuerza extraordinaria de feliz raciocinio. Me atrevo á presentar á mis discípulos á Juan Valera como modelo de críticos, y sus obras recomendarlas incansablemente como dechados de buen gusto, de erudición y de verdadero sentimiento artístico.

Manuel Amador de los Rios, Decano de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Central, ha escrito una obra magistral sobre "Historia crítica de la Literatura española," que á un estilo elevadísimo reúne dotes prodigiosas de erudicion, de acierto, de justicia y de un delicadísimo gusto literario. Dificilmente encontraríamos en ninguna otra produccion de su género tan escrupuloso análisis de las tendencias generales de nuestra literatura, y de los ideales que la han inspirado en sus distintas épocas; casi imposible parece buscar otro escritor que haya tomado tan preciosos datos para la historia que desenvuelve, y que proceda con tanto acierto en los distintos géneros de crítica de que echa mano para mostrarnos los verdaderos monumentos de nuestra literatura, y los que la hacen aparecer llena siempre de sentimiento y de expresion, y como un árbol majestuoso que ha alcanzado la admiracion extranjera. Despues de exponer con un método sencillo y severo las obras literarias, sus autores, los defectos de estas, sus méritos y caudal de bellezas, presenta unas Ilustraciones al final de cada volúmen de su obra, en las que entra en los más minuciosos detalles sobre algunos de los monumentos que han formado una regeneracion del arte, y que han constituido verdaderos siglos de gloria literaria.



CAPITULO IX.

Influencia de la Crítica en la producción literaria.—Crítica francesa, inglesa, alemana y española.—Caracteres de cada una.—Principales escritores que en ellas se distinguen.

Vano pretender sería encontrar una obra que como juicio literario reuniera todos y cada uno de los requisitos que á la sana crítica exigimos. Sin embargo, el esfuerzo, la buena fé, el amor á la verdad y la justicia, á la sombra de buenos modelos y de un feliz entusiasmo, puede en mucho levantar valiosos y bellas monumentos, y constituir un verdadero magisterio. La Crítica llamada á instruir y educar, á hacer que el espíritu de los pueblos se levante del letargo en que se encuentra y á formar una rama preciosísima de la educación, en la vida práctica, nos proporciona admirables resultados.

Cuando por la union de las exigencias del arte, y las de su elevada misión, está fundada la Crítica en sólidos principios, en nociones de eterna verdad, á cuya luz puede dictar fallos acertados; cuando no se limita á un mero exámen sintético, sino que procede á un detenido análisis sobre cada uno de los elementos que entran á formar esa variedad literaria para descubrir la unidad que traduce merced á una combinación armónica; cuando sabe apreciar el mérito absoluto y el relativo de las obras, y sa-

be con mano maestra consideraría bajo todas sus relaciones y en todos sus aspectos, comparándolas con obras de indubitado mérito; cuando se mantiene noble y apartada de pasiones, y de preocupaciones; y cuando, en fin, su lenguaje es mesurado y digno, severo sin acritud, enérgico sin violencia y modesto sin humildad, reflejando siempre la alteza de su gerarquía; entónces, la Crítica no sólo compite en grandeza y sublimidad al génio, sino que ejerce una influencia bienhechora en la produccion literaria. La Crítica entónces es una poderosa palanca para que los obstáculos que al génio se oponen en su desenvolvimiento, desaparezan, hace que la imaginacion deponga sus ímpetus, y conteniéndolo su vuelo transforma el espíritu en un ente reflexivo; que el talento sea fecundo y con mayor facilidad descubra la luz de la verdad; y por último, que el ingenio traslade, con asombro de las generaciones presentes y futuras, al imperio de las artes, las sublimes creaciones de la imaginacion y del génio.

No puede ser más grande ni más eficaz su influencia: el arte se desenvuelve progresivamente, la ciencia alcanza mayores horizontes, y el espíritu humano descubre nuevos mundos de investigaciones, y una esfera de accion y desarrollo más extensa y de mayor perímetro. La Crítica, provechosa hasta lo sumo, nos recuerda la necesidad de juzgar, de discernir, de separar lo verdadero de lo falso, de desconfiarlos oportunamente, de defendernos contra la mentira y el error, y á la vez de adherirnos firmemente á la verdad desembozada, y á la clara y cierta luz, á despecho de las tinieblas.

Constituida la Crítica en todo su ser viene á formar una escuela de preceptos, una constante enseñanza y un verdadero elemento de combate con armas bien templadas para herir, con preciosas coronas para colocarlas sobre las erguidas cabezas del génio, sobre los monumentos verdaderamente humanos y universales. En tal concepto, es una fuente inagotable de método, de reglas, de entusiasmo, y un maravilloso fomento de la inspiracion; y á la vez un látigo severo pero no cruento, incapaz de extinguir el estro poético, pero muy suficiente para encaminarlo y enderezarlo á un buen fin.

El escritor que verdaderamente empapado en los principios del arte, se siente con amor intenso por la belleza, por el bien, la verdad y la justicia, cuando produce su obra, no aparta un momento la vista de los fallos de una crítica severa. A ella teme, y prefiere entónces años de meditacion ántes de exponerse á un juicio desfavorable y merecido. Si ese escritor se deja dominar por el triunfo efímero y el aplauso del vulgo, pero anhela una gloria duradera, no puede ménos que temer sus fallos, y contenerse ante tan distinguido maestro. Entónces analizando todo lo que hay de verdad y belleza en el arte, se esfuerza en sus producciones y no se aparta una sola línea de la preceptiva artística. El jóven de feliz imaginacion, lleno de viveza, de entusiasmo y de vehemente ambicion de gloria, si se deja correr por sus espontáneos sentimientos, por la fogosidad de su fantasía, funestamente hemos de verle inutilizado ante la realidad, ante sus extravíos, y llegar á persuadirse de que léjos de ser ángeles y deidades son monstruos sus producciones: creará pintar en su delirante idealismo bellísimos séres, y á cada paso aparecerán curiosas y originales figuras como la que presentaba el retórico latino á los Pisones. Esta imaginación fresca, llena de vida, se somete á la preceptiva del arte, busca los mejores modelos, los compara, los estudia, se inspira en una buena teoría, y se coloca en aptitud de producir obras aceptables, y verdaderas bellezas.

El escritor que lleno de erudicion, y con un talento reconocido quiere penetrar en las bellezas del arte, y adquirir gloria, quiere exteriorizar sus ideas y sentimientos, tiene en la Crítica un maestro y en sus fallos un código al que puede atemperar sus propósitos. Sus primeros ensayos, pueden ser objeto de un juicio acertado, que con facilidad puede enmendar sus tareas y corregir sus errores. La Crítica entónces es un juez árbitro, que si bien señala los defectos, y los motiva, indica tambien á los escritores el númen poético que poseen, la fuerza de sus imaginaciones, sus arranques geniales, dándoles esperanzas de algun día alcanzar la palma de la gloria. Sus errores se ven corregidos, sus ideas enderezadas á un buen fin, y sus facultades hábil-

mente dirigidas para con el método, la observacion, la temperancia y el estudio alcanzar sabrosos y sazonados frutos. La Crítica lo conduce cual pudiera hacerlo con un niño, le muestra el error y sus causas, las terribles pendientes que se ofrecen en su camino, le señala sus consecuencias, le hace palpar la realidad de sus extravíos, sujeta su imaginacion, metodiza su elocuencia, y protejiendo siempre su entusiasmo y ardiente ambicion de gloria, lo coloca en condiciones de ser un verdadero artista.

El público, cuando vé y observa en la Crítica la verdadera lógica de la razon, brotando á raudales sentimientos puros, y amor profundo por lo bueno, lo bello y lo verdadero, sin más égida que la verdad y la justicia, y sin más fin que la instruccion y educacion de los pueblos; entónces escucha con respeto sus opiniones, y con frecuencia regula por ella su propio criterio, sometiéndose lleno de tranquilidad y confianza á su prodigiosa influencia educadora. La Crítica cumple su alta mision manteniendo incólumes los sanos principios contra los extravíos del público y de los autores, reglamentando la inspiracion de éstos, educando y dirigiendo el gusto, favoreciendo la continuidad de la vida literaria, y promoviendo el desarrollo y prosperidad de las letras.

Pero, cuando la Crítica se desborda de una manera tan espantosa que parece que no haya ciencia ni límite fijo á que atennos; cuando apénas se dá una obra al público cuando inmediatamente se encuentran escritores que la deprimen y condenan virulenta ó cáusticamente si no está en relacion con particulares fines y doctrinas, ó cuando, por el contrario, la ensalzan á coro hasta en sus principales deformidades, segun convenga á las inclinaciones más ó ménos funestas de dichos críticos; cuando así suceda, repetimos, la Crítica léjos de influir provechosamente, no hace más que poner diques á la inteligencia, trabas al génio, obstáculos á la inspiracion, y silenciando la elocuencia, marchita la belleza, y relega al olvido las admirables creaciones del arte.— Marcial, arrastrándose en los palacios ante la púrpura de los emperadores, y la insolente vanidad de los poderosos, acusando des-

pues amargamente su ingratitud, ora manchándose en el cieno de las plazas públicas, ora tropezando en el más repugnante cinismo y desenvoltura, intenta escarnecer las liviandades y torpezas de la muchedumbre. Esa crítica de la indignacion y del agravio, no pudo ser favorable al Pueblo-Rey, y mucho menos á las ciencias y las artes. Decimo Junio Juvenal, airado contra el libertinaje de sus coetáneos, descarga su azote contra la avaricia y la usura, corrige el adulterio, el envenenamiento y el asesinato, condena la infame delacion, se ensaña contra la procaz insolencia de los poderosos advenedizos; pero como su látigo exhalaba sangre y hiel por todas partes, no pudo auventar los vicios que cual mortal pestilencia degradaba la patria de los Cincinatos y Catones.

Nunca la sátira, cáustica y amarga, pudo alcanzar conquista alguna en los progresos del arte: nunca las personalidades han producido otro resultado que la ira, el encono, la maledicencia y la maldicion eterna al arte, y á sus más bellas manifestaciones. La Filosofia, regeneradora de la humanidad entera, abriéndose pasos mediante la luz de la razon, ha dejado á un lado la epigrama, la sátira, el panegírico, y ha proclamado una lógica de la razon, un método nuevo de investigacion, una enseñanza provechosa y fructífera, que se llama la Crítica. Utilísima para el progreso de todos los ramos del saber humano, dá á cada uno lo que es suyo, tiene aplausos para las obras de mérito, tiene castigos apropiados y oportunos para todo lo que se aparte del bien, del deber y de la virtud. La verdadera belleza es su consejera, y á buscarla y reproducirla se encamina, cualesquiera que sean los obstáculos que tenga que vencer. Esta influencia de la Crítica, Marco A. Séneca bien la comprendió cuando en sus *Controversias* decia: "No hay cosa que más amortigue los ingenios que la sensualidad, porque cuando el verdadero mérito no se recompensa, sólo se ocupa este en tratar las cosas torpes, que son las únicas que alcanzan honra y provecho."

La Crítica francesa no ha podido ser fecunda, pues como dice Chateaubriand "la reputacion principia más pronto, pero

tambien espira en más breve plazo; y el que por la mañana ha sido comparado con el águila raudal, no está léjos al ponerse el sol de pasar por un mochuelo." Esta Crítica, que al decir del mismo pensador, es variable, apasionada y siempre injusta, que hoy eleva á las nubes al mismo que mañana arrastra por el cielo; que no tolera reputaciones, que tal parece que la admiracion que se dispensa á unos ha sido arrebatada á otros, y que la vanidad de los más se alarma al menor triunfo de los ménos, no puede ejercer influencia alguna educadora. Léjos de ser la Crítica una maestra sábia y cariñosa, es un enemigo terrible del arte, y léjos de inspirarse en el mérito del artista, es un dardo envenenado que tiende á asesinarlo.

Y esto es tanto más doloroso, cuanto que Francia en sus distintas épocaa de vida ha producido génios inmortales, y no hay un género literario que no haya sido invadido por sus hijos predilectos. Chateaubriand con sus *Mártires* y Soumet con *La divina epopeya* nos ofrecen brillantes modelos de poemas épicos, sin que sea por ménos Voltaire cantando los hechos de Enrique IV y Fenelon con su *Telémaco*. Desde el año 1200 conocemos en Francia brillantísimas poesías líricas de Arnaldò de Malveil, de Beltran de Born, de Tibaldo de Champaña y de Cárlos de Orleans. La tragedia se vé cultivada por Jodelle y Garnier; la comedia, merced al génio de Molière, se desarrolló tambien con admirable progreso, sucediendo á éste, que bien podíamos llamar modelos primeros cómicos del mundo, Racine, Regnard, Fresset y Beaumarchais. La sátira ha sido asimismo cultivada con brillantez en todas sus formas: dígalo si no Marot, D'aubigné, Boileau, La Bruyère, Voltaire, Beranger y Víctor Hugo. La novela, por último, presenta admirables modelos, en Francia, donde se cultivó un género sentimental é idealista, apartado de toda realidad, como lo comprueba Pigaul-Lebrum, Mme. de Genlis, Chateaubriand y Lamartine, presentándose asimismo en estos últimos años obras monumentales debidas á las bien cortadas plumas de Víctor Hugo, Balzac, Jorge Sand, Eugenio Sué y Alejandro Dumas, y otros muchos que sería prolijo enumerar.

En Francia, donde el espíritu humano se ha desarrollado en todas sus esferas, como el entendimiento se ha desenvuelto asombrosamente en el terreno de la ciencia y del arte, no ha habido más que una causa que los ha privado de poseer críticos eminentes. El amor á la humanidad entera, el desprendimiento y la generosidad cuando se trata de las letras y de las ciencias, lo que nosotros llamamos la caridad cristiana, si no ha faltado por completo, no se ha dejado ver palpablemente por sus hijos. Nada más que así nos explicamos la existencia de Fantina, de Javert, de Juan Valgean, y de todos los héroes de esa sublime novela en que con tanto acierto ha pintado Víctor Hugo la lucha del hombre con la sociedad. Sólo así nos explicamos á Viardot, á Sismondi, á La Harpe y á esa pléyade de críticos, llenos de ciencia, de sentimiento artístico, de buen gusto, pero sin imparcialidad de ningun género. A Caldéron le llamaron "poeta de la locura y de la monstruosidad," y esto no necesita comentarios. En esa expresión todo está dicho.

La Crítica inglesa es más libre, más original, más conocedora de la antigüedad, y sobre todo, más imparcial que la francesa, y corresponde más al espíritu alemán. Inglaterra en el siglo XVIII produjo grandes críticos como Hume, Harris, Hurd y Warton, dedicados más al arte de escribir la Historia que consagrados al estudio de la Literatura y al desarrollo progresivo del arte.

A principios del siglo que hemos indicado, la poesía se inclinaba al gusto francés, cuya influencia, como dice Schlegel es visible en la corrección quisquillosa de Pope, así como en el ensayo que hizo Addison para crear una tragedia regular. Sin embargo, esos dos autores sacaron del olvido á Shakspeare y á Milton. Sucede asimismo en Inglaterra que Byron y Walter Scott forman una poesía que brota, no de los recuerdos y de la esperanza, sino de la profundidad de una inspiración trágica y de la desesperación del ateo; una poesía que en su negra imaginación no diviniza entre las muchas formas diversamente salvajes, más que el heroísmo de la perdición; pero le comunica los

colores más terribles del sentimiento. Byron y Walter Scott son más bien la última vibración de una poesía antigua, que parece que es el principio de una nueva que no se ha manifestado todavía.

Los grandes modelos en el arte de escribir la historia que Inglaterra produjo, son mucho más importantes que todo lo que pertenece á la literatura consagrada al estudio de lo bello. En este género, al decir de Schlegel, los ingleses han sobrepujado á las demás naciones, á lo ménos porque fueron los primeros en tratarlo, y también por esto han servido de modelo á los historiadores de todas ellas.

En estos trabajos podrá observarse alguna parcialidad, quizás alguna falsa consideración; pero siempre principios fijos, buen plan y ardor y sobrado entusiasmo. Y si se observa, esa parcialidad no responde más que al deseo de que la obra llegue á ser verdaderamente nacional, y de un espíritu y de un mérito completamente general.

No obstante lo expuesto, y refiriéndonos á la Crítica inglesa, fuerza es confesar que esta no ha ejercido una verdadera influencia educadora, porque hay falta de una filosofía firme y satisfactoria, porque no se estudia de donde viene el hombre y á donde vá, y no es posible, por consiguiente, juzgar con acierto la marcha de los sucesos, el desarrollo de los tiempos y los destinos de las naciones. Los ingleses cultivan la Historia: pero la Historia sin la Filosofía, no es más que una colección muerta de materiales, sin unidad interior, sin objeto propiamente dicho y sin resultado alguno. La Historia necesita explicar ese orden sublime y divino del mundo en la sucesión de los tiempos, por la profundidad del conocimiento espiritual; y esa relación necesaria de la humanidad con lo que hay de divino en su principio, su medio y su fin, no puede provenir más que del espiritualismo de una noción cristiana.

La Crítica alemana se simboliza por dos figuras muy importantes, Lessing y Herder. Lessing se dirige más bien á los principios que á los caracteres de lo que es perfecto, y más

le preocupa refutar la falsa teoría que establecer los principios verdaderos; por consiguiente es más filósofo que investigador del arte. La crítica de Lessing, sin embargo, no ha sido infructuosa, sino que contribuyó eficazmente á dirigir la atención común hácia el teatro, cuya influencia era tanto más esencial cuanto á que le adornaban vastos conocimientos y una perspicacia admirable. Su modo de escribir está lleno de expresión, de fuego y de vida; revela entusiasmo, profundidad y génio; es siempre original y nuevo y presenta amenudo en los pormenores mucha perfección. Pero la unidad del conjunto, el orden riguroso, la medida verdadera faltan con frecuencia y no se advierte siempre el cuidado necesario para la pureza y la precisión del lenguaje.

Lessing como crítico tenía más bien el talento necesario para colocar en su verdadero punto de vista ciertas cuestiones particulares, y principalmente para refutar y extirpar preocupaciones arraigadas, que para señalar su verdadero mérito y lugar en la marcha gradual del desarrollo del arte. No tenía Lessing calma suficiente en su espíritu para considerar y admirar una obra de una perfección elevada como lo hubiera hecho Winckelmann. Esta circunstancia nos impide conceder á Lessing un puesto elevado en los dominios del arte; pues tan sólo en obras perfectas puede reconocerse completamente la naturaleza de un arte; tan sólo por un exámen detenido y sosegado pudiera apreciarse su perfección, y no por juicios sobre pormenores, y mucho ménos por análisis de producciones ligeras, imperfectas y bastardas. Lessing trató de imitar á Shakspeare, y en la exposición del asunto manifestaba una idea de la naturaleza todavía más elevada que la que aparecía en aquel género de cuadros familiares que tan admirablemente cultivó Diderot.

Herder, más flexible de imaginación que Lessing, sabe colocarse en la poesía de todos los tiempos y de todos los pueblos. Como filósofo, abraza cuanto hay de poético en el carácter de la tradición de una nación, distinguiéndose por un talento vastísimo de penetrar en su modo individual de pensar y de vivir. Como teólogo, tenía en sus obras un poderoso atractivo á causa de

ese discernimiento general por la poesía, de ese talento de conocer bien la antigua tradición, y para colocarse de un modo apasionado en todas las formas y en todas las producciones de la imaginación. Este escritor tan sensible, dotado de imaginativa y de genio, y que por un don de la naturaleza era eminentemente estético, sólo carece de profundidad filosófica. Herder es el escritor que ha despertado mayor gusto por la imaginación, por la tradición y por la mitología. Bajo el punto de vista de la historia y de la filología, Herder apesar de su talento único en este género, y de su admirable presentimiento del arte, ha puesto la simiente de la divagación científica; él ha aumentado en sumo grado la propensión á divagar, innata en el genio alemán, y ha sido el que más ha contribuido á desarrollarla.

La Crítica alemana se hizo poderosa y fecunda porque era la del sentimiento, porque desde Winckelmann empezaron á considerarse de un modo estético casi todos los objetos, y este punto de vista llegó á ser más y más, y aún pudiera decirse, exclusivamente dominante. Esta Crítica ha sido la del juicio y el sentimiento, la de la ciencia y el gusto, y por consiguiente es la Crítica que verdaderamente ha podido llamarse *artística*.

Lessing investigando la verdad, Herder el sentimiento y Winckelmann con un entusiasmo platónico, constituyen el verdadero manantial que ha desarrollado la crítica alemana, que tanto se ha distinguido por su profundidad y sus concienzudos fallos.

Nuestra crítica, ménos inspirada quizás en oír la voz de la antigüedad que la de los ingleses, de ménos fantasía que la francesa, y no tan filosófica y profunda como la alemana, supera á esas en reunir los caracteres y condiciones que á la crítica exige el arte. La Crítica española ha marchado y se ha desenvuelto corriendo parejas con los tiempos y los acontecimientos. Unas veces estéril é infecunda, como en los siglos XII, XIII y XIV, en que se negaba de lleno el arte español y que sólo se acertaba á producir con el peso de la autoridad que los críticos alcanzaban, oscuridad y tinieblas, y que sin duda alguna extraviaban á

los que habian acaso aspirado á trazar en aquellos siglos la historia literaria de los anteriores. Otras como el siglo XVI, hubo escritores que emplearon su talento y erudicion, ya en dictar leyes al arte, ya para comentar las obras de los poetas latinos, toscanos y españoles, manifestando haber consultado aquellas venerandas reliquias de nuestra antigua cultura, sin que les moviese á tan lastimoso desden otra razon que la nativa rudeza de las formas artísticas, y de las formas de lenguaje, empleadas por nuestros primitivos poetas. En la época á que nos referimos, es notable la uniformidad que se observa en los estudios críticos; sin embargo, no pudieron ser fecundos, porque como dice Amador de los Rios, sus cultivadores se colocaron en el punto de vista de la imitacion y bajo el yugo absoluto de la autoridad, y porque no se elevaron á una esfera superior desde donde hubieran podido abarcar el espíritu de las letras con una sola mirada. Los trabajos de esta época se redujeron á simples pormenores, para no ponerse en contradiccion con el principio universalmente reconocido; y de aquí provino naturalmente que la Crítica no adelantase un solo paso de la meta fijada por la autoridad. Reducidas entónces las tareas al exámen de las formas exteriores, la Crítica no trató de escudriñar si dicha forma era la más conveniente ni si habia algo más que ella. Así se desconoció el verdadero arte español. Aquellos críticos demostraron por sus trabajos, sus juicios y sus concepciones que más atendian al género literario y á la preceptiva, que á los fundamentos y principios organizadores de la literatura. Aquellos críticos eran más retóricos que filósofos.

Oigamos al eminente crítico y profundo eseritor, Decano de la Facultad de Filosofia y Letras de la Universidad Central: "Separaba un mar inmenso á la literatura erudita del siglo XVI del arte español de la Edad Media: era este en vário sentido y bajo diversas formas literarias, la expresion genuina de los diferentes pasos dados por aquella civilizacion amasada laboriosamente con la sangre y el polvo de cien batallas: representaba aquella la imitacion del arte italiano que por una serie de imita-

ciones se derivaba, ya descolorido y enervado, del grande arte homérico. La imitación en el fondo y en la forma, no ya de la naturaleza, sino de las producciones de los poetas toscanos y latinos fué por tanto la bandera de nuestros poetas doctos. Brillaban á sus ojos por todas partes las glorias del arte clásico; sorprendíales la majestad de Homero y de Virgilio; embelesábanles la dulzura y melancolía de Petrarca, y la sencillez y gracia de Bembo; deslumbrábanles las galas del lenguaje, la variedad y armonía del colorido, la rotundidad y sonoro encanto de las rimas; seducíoles, en fin, la forma exterior de aquellos cantos, que primero envidiaron y emularon despues, no reparando en sacrificarlo todo en aras de semejante ídolo, porque tal era la condición del arte erudito en aquella época de formal renacimiento.— He aquí el único, el supremo dogma de los poetas doctos que produjo España durante el siglo XVI.”

El siglo XVII, léjos de ofrecer buenos modelos de crítica, y de presentar á esta como una magistratura suprema, ofrece un cuadro lastimoso bajo el punto de vista del desenvolvimiento del arte literario. Fué el siglo de la sátira y de la diatriba, que despues de inspirarse en el encono, en el odio y en la envidia, terminó por el funesto contraste del panegírico. La exageración se extendió á sus anchas, y la Crítica, tomando el giro de la francesa, fué un látigo envenenado y el azote del estro poético. El siglo del entusiasmo, del misticismo, fué en extremo apasionado, influyendo poderosamente esa terrible epidemia que bien pudiéramos llamar las plagas de nuestra literatura. No era posible que el sentimiento artístico, la imparcialidad, la temperancia y la discreción levantaran en esa época una escuela defensora del arte, y que procurara su desarrollo á la luz de los sanos principios. Ozzan y Tovar, Salcedo y Pellicer, nos producen una prueba inequívoca de que la Crítica, despues de la amarga y más cáustica sátira, quedó reducida al estrecho círculo de un ciego panegírico.

El siglo XVIII ofrece un fenómeno admirable, y un terrible contraste: las letras españolas en el mayor desorden y des-

concierto, y zozobrando en el más espantoso piélago, encontraron en Felipe V una época de prosperidad y un verdadero renacimiento del arte. Felipe V, imitando el noble ejemplo de su abuelo, creaba en la capital de la monarquía doctas academias, y alentaba con generoso espíritu á cuantos ilustrados varones secundaban en cualquier sentido aquella grande y meritoria empresa. Al comenzar este siglo, el error cundia por todas partes y en los enflaquecidos ánimos dominaba todo género de supersticiones. La corona de Isabel la Católica puesta en las sienes de Felipe V, salvó tan triste situación, para el arte y para el desarrollo del espíritu español. Dos figuras de gran interés y de verdadero orgullo nacional, descuellan en esa época; y esas son las que poseídas de ciencia y conciencia, de erudición y de talento, colocan la semilla y hacen producir sazonados frutos á la Crítica española. Benito Jerónimo Feijóo, y el P. José Francisco de Isla fueron estas figuras, que nos han legado un tesoro inmenso de grandes y nobles sentimientos y de la más sana doctrina literaria.

Feijóo lleno de ardiente amor á la verdad, y perseverante en su propósito de combatir el error, le había declarado guerra á muerte, proclamando en el estadio de las letras y las ciencias, como único criterio el de la demostración, y aprestándose de esta manera á denunciar y perseguir los errores de los ignorantes y de los discretos. Este valiente escritor ya condenaba las artes supersticiosas de la magia y de la astrología, ya sacaba á plaza los vicios y rutinarias prácticas de escuelas, ya buscaba á la lógica y á la metafísica más seguros y racionales fundamentos, ya, en fin, señalaba los extravíos de las ciencias médicas y el doloroso abandono de la Geografía y de la Historia. Feijóo desde el fondo del claustro respondía á las necesidades de la época, á la creación de esa lógica de la razón que llamamos *Crítica*, y se proponía enseñar, educar, y templar el alma de los hombres para la vida. Su *Teatro crítico* y sus *Cartas eruditas*, nos prueban hasta la evidencia su incesante lucha, y que llevado del loable principio del bien, acometía con denuedo, derribando mentidos

idolos y pulverizando añejas preocupaciones. Pero no era posible que las letras, en el estado en que se encontraban, pudiesen adquirir una completa reconstitucion, y seguir á pasos agigantados la incesante ley del progreso. Las letras y la literatura española estaban en demasiada decadencia, y no era dable á un hombre solo, levantarlas y colocarlas en su brillo y esplendor.— La Crítica encontró un camino para sacar á esta literatura del abismo en que se encontraba; lo emprendió con notable calor y empeño, pero al cabo terminó por un reprehensible exclusivismo, y no estimaba como bueno y como bello más que lo que al pié de la letra se amoldaba á los preceptos del arte. Feijóo privó á esta de su necesaria espontaneidad y libertad, y volvió por la falta de tan importantes condiciones al estado de postracion en que las encontró el crítico de la buena fé y de la verdad.

El P. Isla fué el más ingenioso de los escritores de su tiempo. Se empeñó en reformar la oratoria sagrada, y es indudable que consiguió mejorarla extraordinariamente. La cátedra del Espíritu Santo estaba profanada por toda especie de absurdos y de delirios; el capricho y el mal gusto campeaban por sus anchas y las más repugnantes extravagancias hallaban donde quiera admiracion y aplauso. El P. Isla se propuso levantarla y que el púlpito fuera un lugar donde volviendo la elocuencia á su prístina pureza, se presentara siempre con los encantos de la virtud y el candor de la bienaventuranza. No era posible que la crítica templada y científica alcanzara á una regeneracion como la que se necesitaba: era preciso castigar, arrancar de raiz la mala simiente, y lanzar á latigazos los absurdos y delirios, como Jesus habia lanzado del templo á los mercaderes. El P. Isla se arma de la sátira, y encarna en una concepcion tan ingeniosa como cáustica, aquella secta de oradores calenturientos que habian convertido la cátedra sagrada en una escuela de sofismas y de extravagancias. Crea el Fray Gerundio, y con él cual otro Cervantes con su *Quijote*, derriba para siempre á tan perjudiciales oradores.

Una sátira llena de inventiva y de situaciones cómicas, llena

de viveza, picante y sembrada de chistes, hiriendo directamente á aquellos funestos oradores, fué la del P. Isla, quien logró desconcertarlos, sacando la elocuencia de tan profundo abismo. Pero al buen jesuita faltaban conocimientos para formar acertados juicios sobre otros géneros de elocuencia; y sobre el arte literario. Con facilidad encomiaba lo de poco valor, y pasaba por alto importantes errores. Dígalo si no aquel juicio que formaba sobre don Agustín Montiano, á quien llamaba el Sophocles español, y á quien concedía el inmerecido honor de haber corregido los defectos de trágicos tan famosos como Corneille y Racine.

El siglo XIX estaba llamado á reconstituír lo derribado sin razon ni ley, á destruir esas sectas filosóficas abortadas por el enciclopedismo, á salvar á la humanidad de los grandes desastres y dolores que la afligian. Este siglo recibió una triste herencia del anterior, pero con armas templadas al fuego purísimo de la filosofía, era el encargado de abrir nuevos horizontes, y reflejar la luz de la inteligencia, y el efecto del sentimiento en las esferas de la Critica, tanto más cuanto á que las letras y las ciencias recibieron un grande y poderoso impulso con el desenvolvimiento de la razon y de la historia.

Los Críticos que aparecen desde principios del presente siglo, tienen un grado de adelanto y de acierto admirables, que contrastan notablemente con los de los anteriores siglos. Manuel José Quintana, Alberto Lista, Francisco Martínez de la Rosa, Agustín Duran, José de Larra y Antonio Gil de Zárate, son verdaderos críticos de ciencia y conciencia, de verdadera imparcialidad, de luminoso criterio, de gran erudición, y sus fallos han venido á constituir una provechosa enseñanza y un brillante estímulo para el adelanto de las letras españolas. El teatro español lo han estudiado en sus distintas fases, desde su nacimiento hasta nuestros días, y con tal acierto y profundidad que han explicado su verdadero desenvolvimiento, motivando todas las reformas y transformaciones que ha recibido. El arte, por virtud de los esfuerzos de estos esclarecidos críticos ha encontrado sus

verdaderas fuentes; buscando la ley superior de su existencia, y dando á conocer la legitimidad de sus producciones en su progresivo desarrollo.

Quintana, poeta de primer orden, inmortalizado por su sublime oda *A la invencion de la imprenta*, tuvo especial cuidado en exponer con crítica sana y segura las bellezas de las obras que bien podian considerarse como verdaderos monumentos literarios. Se empeñó en hacer una breve historia del arte erudito español, sin perder de vista los triunfos de la poesia popular, y alcanzó el más merecido aplauso. Hermosilla fué su impugnador, y con ira rebatió sus doctrinas sin conseguir echar por tierra al verdadero poeta, al excelente escritor, al excelente hablista, y al delicado crítico.

Lista, dedicado al magisterio, y movido de un espíritu verdaderamente filosófico, produjo admirables lecciones que condujeron á los amantes del arte á estudiar los monumentos debidos á la poesia popular, a la erudita, al arte toscano-latino. Este escritor se dedicó con preferencia á restablecer el crédito de nuestros poetas dramáticos, y á todo lo que contribuyen á constituir una enseñanza sazónada, ámplia y filosófica del teatro español. Sesenta años estuvo dedicado á la enseñanza y sus doctrinas modificaron el enciclopedismo del siglo pasado y formado el gusto y el verdadero criterio. Lista juzgando á Tirso de Molina nos da una prueba inequívoca de su crítica severa, su constante imparcialidad y sus filosóficas concepciones. Dice Alberto Lista "Tirso colocado entre los dos grandes colosos de nuestra escena, apenas habria memoria de él, si no se hubiera distinguido por su diction indefinible y exclusivamente suya, y por la descripcion del amor bajo un aspecto hasta cierto punto ideal. Ningun poeta ha tenido tanto empeño en describir los lazos amorosos que el sexo débil suele tender al fuerte para cojerle en sus redes y esclavizarle: pero ese empeño le hace frecuentemente traspasar los límites del pudor y de la decencia, convertir los sentimientos morales de la ternura en un mero comercio de vanidad y disolucion, quitarle al amor su venda y exponerle desnudo y al ludibrio del vulgo malicioso y poco delicado."

Martínez de la Rosa, con mano maestra ha demostrado el espíritu, carácter y tendencias del arte castellano, y con su traducción de la Epístola de Horacio á los Pisones inclina á la juventud á los estudios clásicos y á buscar los verdaderos fundamentos del arte literario. Lástima fué que no se despojara Martínez de la Rosa de la tirantez clásica contraída en su juventud para asociarse de lleno al movimiento filosófico que tomaba á su vista la crítica literaria. Cábenos admirar en este escritor su extensa erudición y su no vulgar conocimiento del arte erudito, de que dan claro testimonio tanto sus obras dramáticas como sus trabajos didácticos.

Duran, fué uno de los más antiguos y cariñosos discípulos de Alberto Lista; y parece que este le confió la difícil tarea de realizar la transformación crítica por él iniciada. Escribió sobre la poesía popular española, y alcanzó merecidos aplausos dentro y fuera de España, sosteniendo siempre Duran que el idioma y la poesía vulgar son el depósito donde se contiene y elabora la originalidad de las naciones, y que el teatro español fué un árbol frondoso que fecundado por la sávia popular creció magnífico y robusto hasta las nubes, y sus vigorosas ramas asombraron la culta Europa. La Biblioteca de Rivadeneira está adornada con brillantísimos juicios críticos de Duran, en cuyos trabajos se advierte tanta lucidez y belleza en el estilo, como profunda erudición, y todas las condiciones recomendables en un crítico modelo.

Larra empezó á ejercer la crítica con elevación y profundidad verdaderamente filosóficas: combatió el romanticismo fisiológico, y fué malogrado en la flor de su vida.

Gil de Zárate con su obra de *Historia de la Literatura española* ha recorrido las épocas más importantes del arte castellano en sus diversas transformaciones. De gran talento y de notable erudición, lástima ha sido que su obra no contenga más que un resúmen, y no haya podido detenerse en estudiar con detención los grandiosos y bellos monumentos que ha producido en sus diversas siglos el arte castellano. Hasta ayer, su obra

fué señalada de texto para la enseñanza, y ha producido grandísimas ventajas á la juventud estudiosa.

Como resúmen de lo últimamente expuesto, y siguiendo los derroteros de la crítica española, habrémos de convenir en que el siglo XVI nos la presenta sujeta al yugo de la autoridad mal llamada aristotélica, ranonizando la imitacion toscano-latina— Todos los esfuerzos de la Crítica se refunden en examinar la forma exterior de las obras del arte. El siglo XVII nos la exhibe pasando de la sátira y de la diatriba al panegírico, y reflejando profundamente aquel estado de ansiedad, de incertidumbre, de desacuerdo y de intolerancia en que se encontraban las letras y los escritores. El siglo XVIII, haciendo que los principios clásicos recobrarán toda su fuerza, hace progresar la Crítica, ensanchando el círculo de sus investigaciones, disponiendo laboriosamente de mejores y más valiosos materiales y dedicándose á los estudios históricos. La Crítica no llega todavía á la altura de su importante ministerio, porque el espíritu enciclopédico viene á enseñorearse de las letras, repitiéndose el fenómeno de marcar los progresos y el desenvolvimiento del arte á la luz y bajo la imitacion de la civilizacion griega y latina. El siglo XIX ofrece á la Crítica un ancho campo para desenvolverse y cumplir las condiciones que el arte le impone. Todo cuanto tiene por objeto la vida del hombre, y el hombre mismo, la poesia, la historia, la filosofia y la elocuencia, vienen á constituir los principales elementos de esa bien llamada lógica de la razon. La fuerza de la época rompió el yugo de las escuelas y el arte desembarazándose de todos los obstáculos que le interrumpian su marcha progresiva, adquiere todo su esplendor é independencia. La Crítica se inspira en la imparcialidad, y un carácter verdaderamente universal viene á caracterizarla dando por resultado que estudie, analice y juzgue todas las obras y producciones del ingenio humano que logran real significacion y trascendencia en el desarrollo de la civilizacion de los pueblos.

La Crítica, en la relacion razonada de los acontecimientos y en las ideas y sentimientos á que corresponden todos los hechos

que han tenido importante significacion, ha encontrado un terreno sumamente fértil para hacer sus investigaciones, para traducir con imparcialidad, acierto y brillante criterio esa serie de mudanzas de los principios y leyes que nos rigen y gobiernan, de los sucesos en general y de todo lo que constituye lo que se llama vida.

Y en justificacion de tan provechoso destino, que la Crítica ha tomado en el estadio de las ciencias y de las letras, consignemos para concluir la materia que ha sido objeto de nuestro trabajo; transcribiendo lo que el catedrático de Literatura de la Universidad Central expone al tratar de la Crítica, estudiándola en su poderosa influencia en la civilizacion moderna. Dice este eminente escritor: "La Crítica se ha dedicado en estos últimos tiempos á los estudios históricos, y al hacerlo, ha prestado inestimable servicio á las bellas letras; sobre dar sentido y unidad é interpretar debidamente y con alto espíritu científico y artístico los datos de la historia literaria; al seguir paso á paso la tradicion, al estudiar las influencias que en la vida literaria se determinan, al establecer relaciones entre autores, pueblos, géneros y escuelas, ha hecho posible la Crítica histórica de las obras literarias, muy descuidada en otras épocas, ha puesto dique á las exajeraciones escolásticas, y ha contribuido poderosamente á la educacion artística del espíritu público. Si á esto se agregan los progresos hechos en el orden de los estudios literarios puramente especulativos, sustituyendo á los preceptos rutinarios de una Retórica empírica los elevados conceptos de lo Estética moderna, fácil es comprender cuán grande es la mision que á la Crítica toca desempeñar, y cuán eficaz y provechosa su influencia cuando está rectamente dirigida."

Hemos visto como ha ido la Crítica desarrollándose al través de los siglos y de los acontecimientos, y los obstáculos con que ha tenido que luchar, y asimismo como el sentimiento artístico y la ciencia la han constituido. Sus progresos y su desenvolvimiento han sido difíciles, como lo es buscar con método y acierto la verdad bajo el amparo de la justicia, y con indicada

tendencia por el bien, y por la realizacion del arte. Aspirar á señalar preceptos fijos, é inmutables, que cumplidos los cuales la obra del crítico se realice con ventajas para la ciencia y el arte, y para bien general de la humanidad, sería sin duda aspirar á un imposible. En el Crítico se necesita una educacion especial, y ciertos requisitos que no los dá la ciencia, no los enseña el arte, sino que están en el corazon humano, y se cumplen cuando se vá á un buen fin, cuando el alma humana se vé vivamente impulsada á emancipar á la humanidad de las tinieblas y el error.

Siempre se ha creído en todos los países y en todos los tiempos, que el mundo está sometido á un orden inmutable, que una causa finita revela una causa infinita, que existe una justicia absoluta por la que la sociedad da alguna vez su sangre, una belleza absoluta independiente de los caprichos de la moda y de las preocupaciones de la época, una variedad absoluta que persigue la ciencia; pero cuando se trata de determinar la naturaleza de este orden, de esta belleza, de esta justicia, comienza la obra difícil de la ciencia y entónces con las dificultades comienzan las contradicciones y los desaciertos. Así sucede con la Crítica: conocemos que existe la belleza, la emocion estética, lo bueno, lo verdadero, las ideas y conocimientos que los estudios almacenan, por decirlo así, en nuestro cerebro; conocemos lo que es la justicia y sus sublimes emanaciones, pero cuando procedemos á determinarlas, nace la dificultad; y cuanto estudiamos, cuanto sentimos, es deficiente para levantar un fallo y para con mano maestra, distinguir lo bello de lo feo, lo bueno de lo malo, la virtud del vicio, la verdad del error.

La razon, hemos dicho en el curso de estas lecciones, que es la que se para á considerar y se decide á juzgar, constituyendo lo que los griegos llaman el juicio, y nosotros la Crítica. Ella moderará nuestros adelantos, ella con fé viva y con entusiasmo, nos enseñará á conocer las ideas que la Filosofia nos ofrece para organizar el arte literario, y nos dará el principio y el método. La razon es la que puede sustituir al génio, pues vé lo verdadero y lo bello en sí mismo, lo vé en el mundo inteligente, y lo con-

